

12326

469

Año II

Núm. XVII

J. Franco

REVISTA

DE

EXTREMADURA

Historia - Ciencias - Artes - Literatura

G. Huerta

CÁCERES—NOVIEMBRE—1900



SUMARIO

Culantrillo el curandero, ó un marido como hay muchos	Publio Hurtado.
Trujillo	José Benavides.
Después de la Comunión	Luz.
Las Cajas de Ahorros y el Banco de España	Rivas Moreno.
Homúnculus, Xílope, Viator.....	M. Roso de Luna.
Un hombre singular.	J. Sanguino y Michel.
Comisiones de monumentos:	
De Cáceres	J. Sanguino.
Crónica regional.	Un Cacerense.
Crónica general	Château.
Notas bibliográficas	S.

ADMINISTRACIÓN

Suplicamos á los señores suscritores que están en descubierto, se sirvan remitir el importe de sus atrasos, á fin de evitar los entorpecimientos naturales en las cuentas de esta Administración.

Con tan insignificante cantidad coadyuvan á los altos fines de esta REVISTA y á los que *desinteresadamente* se dirigen nuestros esfuerzos.

Advertencia.—Con el último cuaderno del año se repartirá la portada é índice.

Revista de Extremadura.

ÓRGANO DE LAS COMISIONES DE MONUMENTOS DE LAS DOS PROVINCIAS
HISTORIA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA
SE PUBLICA TODOS LOS MESES

Precios de suscripción: un año.	6'00 pesetas.
Número suelto	1'00 --
Número atrasado	2'00 —

La correspondencia literaria al Secretario de la Redacción:

D. JUAN SANGUINO,
Fuentenueva, S, CÁCERES

La correspondencia administrativa al Administrador:

D. MANUEL CASTILLO,
Margallo. 46. CÁCERES

CULANTRILLO EL CURANDERO

ó

UN MARIDO COMO HAY MUCHOS

*Á Daniel Berjano, en obligada
y cordial correspondencia.*

I



ALLÍ, en aquella casita de pobre y terroso aspecto, situada en la parte alta de la pintoresca colina y adosada al muro del cercado, vegetaba el tío Culantrillo, humilde vástago de la familia de los helechos, respetado y bendecido á pesar de su humildad, por todos los seres del contorno.

Viudo de la modesta Pimpinela y frizando en los sesenta de edad, no aspiraba á otra cosa que á ir echando años atrás, en medio del aprecio de sus semejantes.

Tenía por vecinos inmutables á la tía Cicuta, mujer siniestra y poco comunicativa; á la bondadosa Malva, siempre dispuesta á calmar los dolores ajenos; á la puntillosa Zarzamora, capaz de agarrarse de las greñas con cualquiera, por el menor quítame allá esas pajas, y hasta sacarle los ojos con sus aceradas uñas, si lograba echarle el guante; al Sr. Castaño, almacenista de maderas, y á otra multitud de sujetos de los más opuestos temperamentos y costumbres.

Mas á pesar de esta diversidad de caracteres, todos lo respetaban,

y su oportuna mediación evitaba siempre que las cuestiones que entre unos y otros provocaban las hablillas de resolana, pasasen á mayores. Zanjaba las rencillas de las zagalas; consolaba á la afligida tórtola, en la viudez á que la había reducido el mortífero plomo del cazador, y exhortaba sin cesar á los zánganos á que imitasen la laboriosidad de sus esposas las abejas.

Más que el hombre bueno, era como el patriarca de la herbácea tribu. ¡Qué patriarca! Era el dios consente de la comarca.

Pero su mérito no estaba precisamente en su pastosa condición y hombría de bien, con ser estos factores importantísimos para merecer la pública estimación. Estribaba en una gracia de *nacencia*, como decía el vulgo, que Dios le había dado para conocer las dolencias del prójimo y aplicarles el remedio oportuno. Tenía lo que se llama ojo médico, y conocía al dedillo la virtud medicinal de cada planta, con las que, aplicadas en cataplasmas, fricciones ó cocimientos, devolvía la salud á los que la perdían. Lo mismo descoyuntaba á una persona, que el cocinero de un hotel podía descoyuntar una gallina: luego volvía á encajarle los huesos en su sitio, y como si no hubiese pasado nada.

Las relajaciones más inverosímiles no resistían á sus parches y ligamentos. Las postemas, orzuelos, flatos, romadizos y dolores de muelas, todo cedía á sus antidotos. Mas para lo que tenía una mano que era una maravilla, era para curar opiladas. La naturaleza femenina no tenía para él arcanos; y moza que acudía á su consulta y se sometía á su tratamiento, ¡no fallaba! recobraba el apetito y con el apetito las fuerzas perdidas, el color de sus mejillas, y la juvenil jovialidad.

Para que su fama trascendiese más allá del término municipal de Aldeafiorida, no fué menester más que curase á la señorita Granadilla, la hija única de D. Severo Granado, alcalde del lugar. Desde que alcanzó este triunfo curativo, su campestre vivienda fué una especie de Meca para todos los dolientes y tullidos de los pueblos comarcanos, que tuvieron en él más fe que en la misma Providencia; y como el hombre no tenía tarifa, ni pedía á nadie un maravedí por sus buenos oficios, contentándose con lo poco que algún beneficiado espontáneamente le daba, no se veía libre de menesterosos ni importunos.

II

Una tarde en que por casualidad no había tenido visita alguna de

dolientes, y se hallaba muy descansadamente sentado en el umbral de su morada, vió subir por la vereda que conducía desde el valle á su casa á un caballerece cuyo porte y traje discrepaban del típico que usaban las gentes de la aldea. Para apreciar mejor la persona y su indumentaria, sacó del bolsillo de su chaqueta una caja de lata y de ella unas antiparras descomunales que hacía muchos años se le habían perdido á un herbolario francés que había estado recolectando ejemplares por aquellos sitios. Y á merced de ellas (porque á fuerza de ver tanto malo, se le había maleado también la vista) pudo apreciar en el que subía por la vereda, un ente, forastero sin duda alguna, pero ridículo y presuntuoso como pocos, que vestía traje de lana gris, botas blancas con puntera, camisa almidonada, sobre cuya lustrosa pechera campeaban dos relucientes vidrios con ínfulas de brillantes, y una gran corbata en forma de avión, color naranja, que se venía á los ojos. Iba descubierto, abanicándose con un sombrero de paja que llevaba en la mano izquierda, y en la derecha un nudoso roten en que se apoyaba.

Al pronto parecía joven; pero no se tardaba en descubrir la mano de gato que rellenando y alisando la pata de gallina, tiñendo las hebras plateadas de su puntiagudo y cosmetizado bigote, y contraponiendo y atusando greñas sobre el coronal, se empeñaba en desmentir su partida de bautismo.

Cuando iba llegando á la vivienda de Culantrillo, éste se puso de pie para recibir como debía á tan flamante caballero.

—Buenas tardes,—dijo deteniéndose á unos tres metros de distancia de él, el recién llegado.

—Muy buenas nos las dé Dios.

—¿Es Ud. el tío Culantrillo el curandero?—le interrogó aquél con voz autoritaria y enfática.

—Para servir á Dios y á Ud.

El advenedizo suspendió el iniciado diálogo, púsose el sombrero, trasladó el roten á la mano izquierda, y sacando del bolsillo del chaleco un monóculo de dorada armadura, se lo colocó ante el ojo derecho, arqueando para ello el brazo hasta la altura del rostro con cómica prosopopeya.

Inmóvil y sin desplegar los labios permaneció cinco minutos, examinando á través del cristal desde la cruz á la fecha al estupefacto Culantrillo, que no se explicaba la causa ni objeto de tan detenido reconocimiento.

Iba ya á preguntar al guapo el porqué de aquel examen bochorroso, cuando oyó que éste decía, hablando consigo mismo:

—Aspecto tosco y mazacotudo... ángulo facial acentuadamente agudo... fisonomía estulta... ¡Pintiparado á como me lo figuré! ¡Esto me basta!

Y guardó el monóculo con el mismo aire pedantesco con que lo había sacado.

—De suerte... que Ud. es el cúrulo-todo de la comarca ¿no es así?

—Tanto como eso, no señor.

—Bien, bien. Y dígame Ud.: para sus jaropes y emplastos, ¿utiliza sólo los simples ó emplea algún alcaloide?

—¿Simples?... ¿alcaloides?... No entiendo.

—¡Claro! La asófia más traslúcida en toda su gigánteica magnitud... y entregada á ella, la vida social con la inconsciencia propia de un estado intelectual rudimentario.

Culantrillo lo escuchaba absorto. Toda aquella rimbombante palabrería era griego para él.

—Pues ha de saber Ud. seor curandero, que le está dispensando el honor de su palabra D. Canuto del Tilo, profesor de medicina y cirugía por el claustro de S. Carlos, y médico titular de la muy ilustre villa de Aldeafiorida.

—¡Ah! ¡es Ud. el médico!—exclamó el favorecido, coligiendo por las últimas palabras de aquél, con quien se las había.

—El mismo.

—Sea para muchos años... y vea Ud. en qué puedo serle útil.

—Se lo diré en un periquete. Con sus transgresiones curatorias, está Ud. conculcando, vilipendiando, los sacrosantos fueros de la ciencia; infiriendo un agravio intolerable á la veneranda memoria de los Avicena, Larrey y Berthelot... agravio que sus discípulos profesionales, sacerdotes de esa ciencia, no podemos consentir. Así es que si usted no renuncia á sus intromisiones en el campo terapéutico, irá usted á dar con sus concreciones óseas en el infecto antro adonde van á consumir sus días los dañados detritus del cuerpo social.

Y sin aguardar á más, dió media vuelta y emprendió el descenso de la ladera.

Culantrillo, sin hacerle observación alguna, porque no alcanzaba el significado literal de aquella gerigonza, lo contempló alejarse vereda abajo sin intentar siquiera que le explicase á la pata la llana aquél cúmulo de sapientísimos conceptos. Mas á pesar de la tosquedad y estultez de que le acababa de dar patente su engreido rival, formó juicio, sintetizando á su manera, de que el buen señor, ó debía ser un sabio de esos que se pierden de vista, ó un majadero de á folio; pero

en ambos casos, que le prohibía el ejercicio de su acreditada profesión.

—¿Y qué culpa tengo yo de que las gentes prefieran mis yerbajos á tus drogas?—murmuró cuando ya se había alejado un tanto el endomingado titular.—Que te busquen á tí... y si no te buscan por algo será.

—Por lo papelón y lo *guillao*,—dijo una voz cascada cerca de él.

Culantrillo se volvió hacia el sitio en que esto dijeron, y vió asomada por cima de las bardas del cercado una cara de tarasca, en quien reconoció á la tía Mejorana, gran zurcidora de voluntades, como perteneciente á la familia de las labiadas, tan amiga de terciar en todo, que no había chisme ni enredo en que no se metiese de patitas.

—¡Hola! ¿eres tú, Mejorana?

—La misma que viste y calza... yo que vi venir á ese farfantón hacia tu vivienda, y me dije: «esto ha de tener que oír...» y subí desde mi merendero al amparo de esta pared, y agazapada tras ella me he dado un plato de gusto.

—¿Conocías á ese hombre?

—De vista. Pero como á mi casa acuden los domingos muchas parejas á saborear esos gezpachos para que me pinto sola, oigo hablar de él á unos y otros, y sé los puntos que calza. ¡Buen tramposo está!... Más valiera que en vez de echar esas bravatas, pagase lo que debe á la pobre Salsifraz, que está más harta de él que sopista de mendrugos.

—Nadie lo diría al ver su porte.

—Pues ese es el caso. Todo se le vuelven exigencias de trato á cuerpo de rey; pero aunque fachendea de tener un tío en Indias, allá se está el tal tío con sus patacones, en tanto que la Salsifraz se halla á punto de tronar, por no saber de qué color son los de su pupilo.

—Con la titular...

—¡Tá, tá, tá! Si no le dan por ella mas que quinientas pesetas, según dicen, y con ellas no tiene para almidones y pitillos.

—Pero su clientela...

—¡Si no tiene ninguna! ¡si hasta los enfermos á quienes da médico el Concejo, le huyen el basto!... ¿No te ha sucedido á tí? Tiene tal gracia el tal señor, que su sola conversación tira de espaldas... Por eso dicen que bebe los vientos por Granadilla. Ha olido las peluconas de D. Severo, y es el gran negocio que persigue.

—No es malejo si lo logra.

—¡Qué se yo!... Y si lo alcanza, no le faltará su hueso que roer. Estas palabras parecían un horóscopo.

¿Qué motivo tenía para vaticinar de aquella suerte Mejorana?

III

Dos veces hemos oído citar al Sr. Granado y á su hija Granadilla, y no podemos pasar adelante sin darlos á conocer á nuestros lectores.

Era D. Severo hombre aquirotado, recto, inflexible y muy adinerado, según fama, á pesar de lo cual daba á una peseta más vueltas que un perro para echarse. Habría pocas personas más idólatras que él de su honor y limpio nombre, tan ilustre y honorable, como que blasonaba de descender nada menos que de aquel granado que brotó de la tierra fecundada por la sangre de Adgestis, hijo natural de Júpiter y matador de Atys, según pretendía justificar con múltiples y rodados pergaminos.

Viudo de D.^a Granada Silvestre, de la que no había tenido más retoño que á Granadilla, se había visto obligado, para no vivir sólo, á sacar á ésta de un colegio francés en donde se educaba, en la cual, como era natural, había concentrado todos sus afectos, y á cuyos antojos y caprichos se blandeaba con frecuencia su decantada severidad.

Granadilla era una muchacha de diez y siete primaveras, alegre, decidora y traviesa como ella sola, que había descubierto el flaco cariñoso de su padre y abusaba de él, vistiendo sus caprichos con la hipócrita zalamería aprendida en el colegio, de donde no había sacado, como acontece con frecuencia, más que enseñanzas perjudiciales.

De temperamento encendido,—¡era una granada en flor!—se apasionaba con facilidad de todo lo que trascendía á difícil y extraordinario; inclinación natural que en vez de modificarse en el colegio,—¡un colegio francés!—había ido tomando vuelo inusitado con los alicientes que le ofrecía la colaboración de cien imaginaciones femeniles puestas al servicio de las sugerencias de la naturaleza al despertar, pintando con matices de ilusiones los horizontes del placer.

¿Qué se había ella de cuidar del gobierno de la casa? Allá su padre que tenía mucho dinero; allá la quintañona que la había embracilado cuando niña. Ella á fantasear en el tocador; á medir en el espejo hasta donde alcanzaban la perfección de sus contornos y la gracia de sus mohines; á refinar las mallas de su coquetería, y á soñar con los antojos de la carne.

El capricho de actualidad para ella, era el amor de Poleo. Y ¿quién era Poleo?... Pues un tuno redomado, hijo de la tía Mejorana, muy arriscadete y oloroso, pero más holgazán que un Jueves Santo, y más

pobre que las ratas; un punto filipino que tenía ángel, según decían las mozas, y entendía como ninguno la aguja de marear. Todo el mundo se hacía lenguas de él por sus conquistas amorosas, sus malas partidas, su prurito de desgarrar inocencias y pisotear corazones. Muchacha en quien ponía los puntos, era muchacha perdida. Se contaba que su cháchara era tan sugestiva, su mirada tan fascinadora y sus besos tan ardientes, que no había virtud que se le resistiera. Y como estas cualidades, que aunque debieran ser motivos de repulsión para el sexo bello, son por razones incomprensibles el mayor aperitivo para las hembras de imaginación calenturienta y espíritu aventurero, que gustan de riesgos y peligros, Granadilla se había ido interesando de oídas por semejante perillán, y queriendo conocerle, salió un día de paseo por el valle en que vivía, á pretexto de ir á un huerto de su padre. Lo encontró en efecto, sentado al borde de un arroyo, saboreando un cigarrillo, y al pasar lo miró por el rabo del ojo. Él lo advirtió,—¡buen truchimán estaba para no cogerlas al vuelo!—y no necesitó más. ¡La hija de D. Severo! ¡Aquella sí que daría realce al largo catálogo de sus conquistas!

IV

Era la víspera de San Antonio, el santo de las niñas, el patrón de los enamorados, y toda la gente joven y mucha de la sesuda de Aldeaflorida y pueblos circunvecinos, habían acudido á la ermita del santo paduano, distante un kilómetro de la villa.

¡Cuánta luz en el altar! ¡cuánta azucena en los jarrones! ¡cuánto perfume en el ambiente! ¡cuánto dulce y baratija en las afueras del santuario! ¡cuántas panderetas y voces femeniles compitiendo con el címbalo de la ermita en el atronamiento de los espacios!

Todos mis lectores conocerán seguramente los desbordes de animación y de alegría que provoca siempre la primera verbena, y por eso les hago gracia de una descripción que resultaría deficiente, como mía, y que es innecesaria á nuestro cuento.

D. Severo, después de la novena de por la tarde, que cantaron como dos ruseñores el sacristán y el estanquero, regresó á su casa molesto por un impertinente flato, dejando con los divertidos devotos en los alrededores de la ermita á Granadilla, encomendada al cuidado de su ama de Gobierno D.^a Cresta de Gallo, personificación de la más exquisita vigilancia, y acompañadas las dos por el primo-

roso D. Canuto, tan soplado y peripuesto como siempre, quien no perdía ocasión de largar aquellos terminicos que tiraban de espalda, según la gráfica frase de la ladina Mejorana.

Granadilla, olvidada ya de las reglas de hipocresía social aprendidas de sus maestras, unas veces reía de ellos en las mismísimas barbas de D. Canuto, lo que éste atribuía á la agudeza de sus vocablos, y otras los recibía con un mohín despreciativo, á que él oponía la coraza de su estoicismo acomodaticio; pero conforme la tarde fué cayendo, fué acentuándose más y más la impaciencia de la joven, que deseaba como libre golondrina revolotear á su placer por los contornos del santuario. D. Canuto y D.^a Cresta eran dos grilletes puestos á su libertad: ¿cómo zafarse de ellos?

El crepúsculo desfallecía en brazos de la noche, cuando Granadilla que con sus *adláteres* presenciaba un baile de los mozos del lugar colocada en la primera fila de un gran rueda de curiosos, dijo al amartelado rodrigón y á la avizora dueña:

—Espérenme ustedes aquí, que voy á la ermita á echar al santo una limosna de que me había olvidado.

Los custodios nada objetaron, y ella, abriéndose paso á través de aquella muralla de gente, desapareció.

Transcurrió un cuarto de hora y Granadilla no tornaba.

—¿En qué se habrá entretenido esa chiquilla?—gruñó D.^a Cresta.

—Su ausencia va siendo efectivamente harto remarcable,—repuso el del Tilo.

Pasó otro cuarto de hora, y ¡nada!

—D. Canuto, esto ya pica en historia. Yo voy á ver dónde anda Granadilla... porque estoy aquí como si me estuviesen pinchando.

—Participo Señora del Gallo, de las mismas punciones. Partamos á buscarla.

A fuerza de vaivenes y achuchones, rebasaron el cincho viviente que les estorbaba el paso y entraron en el templo. D.^a Cresta se desojaba: sus pupilas de espulgo, sondeaban en ansioso zig-zag, los rincones del fragante recinto, mientras el discípulo de Esculapio, armado de su monóculo, pasaba revista á todas las devotas.

¡Allí no estaba Granadilla!

Interrogaron á las personas conocidas que estaban en el santuario, si la habían visto entrar en él, y ninguna le contestó afirmativamente.

Salieron de nuevo al campo. D.^a Cresta no sabía ya por donde andaba; ya se metía en un charco; ya atropellaba á un cojo; ya derribaba el tinglado de una rifa, ó se encaramaba en un montón de na-

ranjas desparramándolas, convulsa, desorientada, perdido el tino, y de cuyas inquietudes no dejaba de participar el galeno.

—¡Santo bendito!—farfullaba la dueña—¡una perra si doy con Granadilla!... ¡Había de estar bueno que volviese á casa sin ella!... ¡Dos perras si la encuentro!... ¿Con qué cara iba á decir á su padre, «tu hija se me ha perdido?»... ¡Tres perras santo mío!... ¿Qué cargos no me haría?... Él que es tan celoso de su nombre immaculado... ¡Una perra más, bendito paduano!... Me despediría sin duda alguna, y aunque yo jurase y perjurase, no creería jamás que su hija tiene los malignos en el cuerpo.

Al cabo de un rato de trotar por aquellas praderas sin rumbo fijo, se le ocurrió al médico que iba siempre á la zaga:

—Del resultado adverso de nuestras pesquisas... deduzco que Granadilla no parece.

—¡Noticia fresca!

—¡Y yo que esta noche pensaba revelarle el trasporte erotomaniaco que me embarga...

—¿Sí?... Pues quizás por eso no ha cesado de correr.

—¡Oh! no... tengo esperanzas...

—Pues las mías son bien negras. Al más pintado daría yo la que me aguarda.

Y siguieron preguntando acá y acullá. Algunos habían visto á la desaparecida; pero refiriéndose á ocasión anterior á la en que se había separado de sus guardianes.

Por fin la angustiada D.^a Cresta volvió á casa. El doctor la dejó en la puerta, abandonada á las iracundias de D. Severo, y se fué á la suya. Y tal fué la impresión que en el celoso padre produjo la noticia de la desaparición de su hija, y tal el trastorno físico que experimentó, que el flato desapareció instantáneamente, mediante una bocanada de aire tan huracanado, que á bien poco no convierte á la dueña en globo aereostático; y hubiera ella dado mil gracias á Dios de que la hubiese lanzado á los mismos infiernos, con tal de no aguantar el tormentazo que se le vino encima.

¡Qué votos! ¡qué denuestos! ¡qué lamentaciones! D. Severo más que criatura humana, parecía un energúmeno; por lo que no es de extrañar que D.^a Cresta se viese acometida de un síncope y de que todo el mundo en la casa anduviese de coronilla.

—¡Aquí de mis criados! ¡aquí de mis amigos! ¡aquí de mis vecinos! Salgan todos sin excepción en cata de mi hija. La guardia civil, los alguaciles mis subordinados, el síndico, los concejales, el

Ayuntamiento en masa... ¡al campo inmediatamente en busca de mi tesoro!

Y, efectivamente, el pueblo todo se puso en movimiento.

Los alguaciles, de la familia de los arácnidos, montaron en zancos y se desparramaron por valles y colinas; lo propio hicieron los cocuyos y luciolas, que para mejor escudriñar sotos y breñales encendieron sus linternas. Mas ¿adónde habría ido á quitarse los espinos Granadilla, que ninguno dió en toda la noche con su rastro?

Al salir el sol, abrióse la puerta de la casilla de la tía Mejorana, y apareció en ella la extraviada, acompañada de la campestre celestina, que socarronamente le dijo despidiéndola:

—Anda, pimpollito, anda. Todo consistió en tu desconocimiento de estos *andurriales*. Si no es por mi Poleo, fácilmente te hubiesen comido los lobos. Vete en paz á buscar á tu padre, que estará desatinado con tu ausencia, y dile que en otra parte peor podías haber pasado la velada. Adios, lucero, y nunca olvides mis buenos oficios.

Granadilla nada contestó. Estaba algo alterada y su tocado descompuesto; y entre satisfecha y temerosa tomó la ruta de la aldea.

No tardaron en guiparla algunos de los sabuesos destacados por su padre á los cuatro vientos, que acudieron á ella presurosos, aumentando su número de tal manera, que al entrar en el pueblo llevaba un séquito como el de una reina.

Su presencia en la casa paterna, fué acogida con trasportes de alegría. El anciano alcalde por el pronto, le echó un rapapolvo como merecía; pero ella lo abrazó, lo besó, lo desarmó, y con lágrimas de aparente sinceridad, hilvanó cuatro embustes, con los que aplacó el encrespado honor de que el descendiente de Júpiter blasonaba, llevando á su ánimo el convencimiento de que todo había quedado reducido á una imprudencia, una ligereza pueril; pero que su honor había salido sano y salvo del nocturno extravío.

El encuentro con la tía Mejorana túvolo D. Severo por providencial; pues aunque mujer *non sancta*, era sujeta que le estaba obligada por motivos que no son del caso.

V

Pasaron dos meses.

Una mañana, de Agosto llegó Culantrillo á casa del alcalde, á expreso llamamiento de éste, y solos en el despacho díjole D. Severo;

—Lo he llamado á Ud. para que vea á mi Granadilla, esperanzado de que en esta ocasión tenga Ud. con ella el mismo acierto que la pasada.

—¿Está enferma?

—Hombre, sí: no hace cama, pero la noto tan pálida, tan agalbanada, tan inapetente... con unas ojeras, unas ansias y unos marcos que la dan, que no dejan de alarmarme. Yo creo que le vuelve la opilación. ¡Es una generación tan floja la que ha de sucedernos...!

—Pues cuando Ud. guste.

—Sí, sí: yo la tengo ya avisada de que iba Ud. á venir á verla, y nos espera.

—Pero, ante todo, D. Severo: yo haré lo que Ud. me mande; mas temo que si el médico se entera...

—¡Quite Ud. allá! Y si se entera que se entere.

—Como Ud. disponga.

Los dos pasaron al gabinete de Granadilla. Esta estaba despeinada, medio tumbada en un sofá, ojerosa y descolorida, cual había dicho su padre, y como influida por una languidez extraordinaria.

D. Severo invitó al curandero á que se sentase junto á ella y la examinase. El invitado así lo hizo, y la pulsó, le miró los ojos y la lengua y le hizo algunas preguntas atinentes á su misión.

—¿Qué le parece á Ud.?—le interrogó el Sr. Granado.

—Que esto no es cosa de cuidado.

—¿Acerté? ¿es la antigua dolencia que reverdece?

—¡Psch!—contestó encogiéndose de hombros el rústico doctor.—Precisamente aquella no... pero es muy parecida.

Volviendo al despacho, D. Severo, que cerró tras sí la puerta, dijo á Culantrillo:

—Vamos á ver. ¡Qué es lo que tiene mi hija?... Yo he advertido en Ud. cierta vacilación y reserva al contestarme... y quiero saber á qué atenerme. ¿Cuál es su mal real y efectivo? Esto es lo que exijo de usted.

—Ya le dije que no ofrecía cuidado...

—Bien, bien; pero ¿cual es?

—¿Se empeña Ud.?...

—¡Y tanto que me empeño! ¿no he de empeñarme?

—Pues... lo que la señorita Granadilla padece, es...

Y miró á un y otro lado; pero aun temiendo que á pesar de la soledad en que estaban alguien lo oyese, se aproximó al oído de don Severo y le dijo una palabra muy quedito.

—¡Cómo!—exclamó este dando un repullo, cual si le hubiesen dado botón de fuego en mitad del corazón.—¡So infame! ¡so canalla! ¡calumniador! ¡villano!... ¡formar ese juicio de mi hija! ¡y decírselo á su propio padre! ¿A ver?... mis criados, mis alguaciles: este hombre á la cárcel, con mordaza, con grillete... en el calabozo más hondo, donde se pudra!

—¡Pero señor D. Severo!... se atrevió á balbucear el pobre Culantrillo, sorprendido, anonadado y compungido ante la actitud y decisión del alcalde.

—¡No admito disculpas! ¡pagará Ud. su felonía! El honor de mi hija, que es el mío, por cima de todo!

Y entraron los alguaciles, y á puñadas y tirones condujeron al calabozo al aturdido curandero, que se juzgaba inocente de toda culpa.

D. Severo quedóse dando vueltas maquinalmente por el despacho, con más bascas que un can hidrófobo, hasta que al cabo de media hora mandó llamar á D. Canuto, que no se hizo esperar, y con él subió de nuevo al gabinete de Granadilla.

—Deseo que vea Ud. á mi niña, señor de Tilo.

—Pero, papá ¿no me ha visto ya el tío Culantrillo?

—¡Cómo! ¿Han acudido ustedes á ese indocto?

—Pues, sí señor: cometí uno de esos dislates de que nadie está libre. La ha visto; pero como de sus opiniones no me fío...

—¡Es natural!... Y por lo visto, á pesar de mi conminación, recalitra. ¡Ya lo meteré en cintura!... Con que ¿de qué se duele Ud. Granadillita?

La chícá le dijo lo que sentía ó lo que le pareció decirle, y su padre indicó al titular la misma sospecha que apuntó al curandero.

—¡Ni más ni menos!—afirmó D. Canuto con acento de profunda convicción.—Los síntomas patológicos son determinantes de una clorosis... afección harto común en el sexo bello. ¡La combatiremos!

—Y ese bestia de Culantrillo que creyó...—no pudo menos de decir D. Severo, tranquilizado por el diagnóstico del facultativo.

—Alguna bestialidad. ¡Yo ajustaré las cuentas á ese galeopiteco!—ofreció el moderno Sangredo, mientras recetaba.

Y no ofreció en balde, porque aquella misma tarde, Culantrillo que afligido y lloroso pedía favor á todos los santos de la corte celestial desde el fondo de su calabozo, fué sacado de él, ¿para qué? para sufrir un minucioso interrogatorio por el Juez municipal, ante quien D. Canuto lo había denunciado por ejercer sin título la profesión médica.

Esta nueva fase de sus desdichas aumentó su pesadumbre. Ya no era solo D. Severo, por decirle la verdad, quien lo perseguía, sino la justicia azuzada por el médico, por hacer bien á la humanidad.

Y de nuevo en su mazmorra se preguntaba una y cien veces entre amargos sollozos, si podía consentir tanta maldad la Providencia.

VI

Aunque la opinión de D. Canuto, que debía ser la opinión de la ciencia, tranquilizó bastante á D. Severo, no mitigó en absoluto las sospechas que la posibilidad, aunque remota, de mayor ojo médico en Culantrillo, había dejado flotantes en su cerebro.

Con el mayor disimulo puso su vigilancia á merced de sus recelos, y acechando á su hija, la sorprendió en su habitación al tercer día, escribiendo una carta que le arrebató repentinamente y se guardó.

Granadilla, que no había sentido á su padre, al verse cogida tan de improviso y en su poder la epístola que rasgueaba, quedó sobrecogida por el pronto; mas reaccionando brevemente, se colgó del cuello de su progenitor, lo besó, suplicó, lloró y le pidió con ahinco la devolución del papel. Viendo inútiles sus arterías, fingió un ataque de nervios. D. Severo la socorrió con D.^a Cresta y otras criadas, pero no soltó el billete.

En cuanto Granadilla se persuadió de lo ineficaz de aquella teatral batahola, y cesó en sus chillidos y contorsiones, D. Severo se trasladó á su despacho, sacó la carta del bolsillo, cuyo contacto tuvo la aprensión de que le quemaba las manos, y la leyó medio atragantado.

Decía así:

«Mi queridísimo Poleo: Me parece que se ha descubierto el pastel. El tío Culantrillo me ha reconocido por mandado de mi padre, y por lo que he podido colegir, ha dado en el *quid* de mi dolencia. Este va á ser para mí el punto de partida de un calvario que no sé en qué terminará. Cuanto malo me ocurra lo sufriré con gusto por tu amor. Pero ¡que no me olvides nunca! ¡Que no pagues con un desvío cruel, como á otras has pagado, el sacrificio de mi honra! Que el recuerdo de la verbena de San Antonio sea siempre para tí tan plácido y feliz, como...»

No decía más. ¿Qué falta hacía?

Gruesos goterones de sudor rodaron por la faz demudada de don Severo, al leer estos renglones, quien se cubrió el rostro con las manos

y lanzó un sollozo. Sus ideas se enmarañaron como madeja de seda manoseada por un gato, y le pareció que chasqueaban en sus oídos las risas procaces del vicio burlándose de su honra quisquillosa y de sus ínfulas caballerescas.

El dardo lo había herido en lo más íntimo de su estimación personal.

Este contratiempo lo obligaba á bajar la frente, á doblegar su rancio orgullo, á darse á partido con los últimos eslabones de la cadena social... Y en busca de una tabla salvadora, mandó excarcelar al curandero y que lo subiesen á su despacho; y á solas con él, le pidió perdón ¡qué sacrificio! perdón por su encarcelamiento, disculpando esta resolución con la persuasión en que estaba de la pureza de su hija.

Culantrillo al oírle confesar el engaño en que estaba y darle la razón, levantó las manos al cielo y dió gracias al Altísimo, trasportado de reconocimiento y alegría, á la vez que, satisfecho de su triunfo profesional, depuso, por móvil natural y generoso, su animadversión hacia D. Severo y tuvo compasión de él.

El pobre padre que á tanta costa volvía á recobrar la fe en la gracia sanatoria del curandero, le pidió consejo sobre el partido que debiera tomar, indicándole si convendría para zurcir el desgarrón de su honra acudir á sus menjures.

—Señor: lo hecho hecho está,—observó con plausible rectitud el campesinó.—Nada de arrojar sombras sobre la conciencia. La mejor soldadura de ese roto la haría el matrimonio.

—¡El matrimonio con Poleo!

—¡Ah! ¡con que ha sido Poleo!

—¡Añadir ese baldón más á los preclaros timbres de mis mayores! Unirla á un pillete, á un desalmado...

—Entonces no encuentro otra salida al atolladero.

—Sí, pues yo sí,—dijo como iluminado el hidalgo.—Tío Culantrillo, vaya Ud. con Dios, olvide tanto agravio, y cuente conmigo para todo.

Marchóse el curandero, que creía haber resucitado, y D. Severo tornó á la cámara de Granadilla, que comprendiendo su situación y con agallas para todo, se había preparado para afrontar el choque que presentía.

Pero se equivocó. Su padre con aparente sangre fría, mandó salir á D.^a Cresta, y con frase seca y breve, dijo á su hija, que sentada en una butaca no alzaba los ojos del suelo:

—El mal causado no podrás apreciarlo jamás... Esta mañana me pidió tu mano D. Canuto... y habrás de dársela irremisiblemente dentro de quince días. Es tu tabla salvadora, y el dique á mi perdición.

La joven calló por unos instantes, después de los cuales repuso con gravedad:

—¡Se la daré!

—No hay más que hablar.

Y el lastimado padre, volviéndole la espalda, se alejó del gabinete.

¿Cuándo en su no desmentida rectitud hubiera proyectado tamaño fraude el justificado D. Severo? Pero las circunstancias hacen al hombre, y la más acendrada virtud, para proclamarla tal, es preciso ponerla en contacto con la piedra de toque.

Así que D. Severo desapareció, Granadilla se puso de pié, y con deajo despreciativo y dramática actitud, dijo como explicando su fácil consentimiento:

—Me casaré. ¿Qué me importa?... No es la peor solución que pudiera tener este conflicto. De todos modos, como decía Francesilla mi compañera de colegio, el matrimonio es la libertad.

VII

D. Canuto vió el cielo abierto, al abrírsele las puertas del matrimonio con la agraciada hija del rico D. Severo, é *in honore tanti festi*, indultó, como él decía, al empapelado Culantrillo, consintiendo en que se rompieran las diligencias sumariales, de las que el Juzgado aun no había dado cuenta á su superior.

Granadilla no le hizo mala cara; al contrario, con guiños y distinciones lo puso como una jalea, y tan arrocinado como cadete primerizo en tales lides; y con la placidez de un bienaventurado, el *persbica* doctor aguardó á que luciese la antorcha de Himeneo.

D. Severo era el que no se sosegaba. Mientras más se acercaba, más lejano le parecía el día designado para el consorcio. Siendo médico el prometido ¡se corría tanto peligro de que oliese de un momento á otro la tostada!...

Pero llegó el ansiado día sin novedad, gracias á la venda que el interés ó el entusiasmo habían puesto sobre sus ojos, y el buen alcalde dando treguas á su recogimiento de bolsa, echó el bodegón por la ventana, y las gentes más leídas de la aldea recordaron con placer las bodas de Camacho.

D. Canuto, antes de salir de su hospedería, mientras se acicalaba al espejo, monologaba de esta suerte:

—¡Oh, Canuto, Canuto... qué dicha te aguarda!... ¿Quién te había de decir, Fígaro oscurecido, cuando tenías que ganarte el prosáico mendrugo en la barbería de la calle de Atocha, rapando barbas noche y día, que eras un predestinado... ¡jem!... un predestinado á tan altos fines?... ¡Bendita y gloriosa *setembrina*! Por tí pude hacerme médico en dos años; por tí me calcé esta titular; por tí voy á casarme con la hija única de un señorón, que según dicen tiene dos millones mal contados. Yo te bendigo y te bendeciré *per secula seculorum*;... porque una vez casado, seré alcalde, y luego diputado provincial, y después á Cortes... y director ¡quién sabe! quizás ministro... ¡Oh, fortuna, fortuna! voy á clavar tu rueda.

Cuando el cura les echó la bendición, ¡qué peso se le quitó de encima á D. Severo!

Por supuesto que D. Canuto no llegó á ser nada de lo que fantaseaba. ¡Qué había de ser!... Se contentó, y le vino muy ancho el sayo, con ser el esposo de Granadilla; y como no tuvo ya que pensar de dónde habría de venir el pan nuestro de cada día, se concertó con Culantrillo, y echó sobre él la carga de la titular por una fruslería.

De allí en adelante el curandero fué el médico del pueblo, y quizás con beneficio de éste que se vió libre de los marronazos del favorecido por la *setembrina*.

Por las tardes solía ir acompañando á Granadilla al huerto de su padre, y como en mitad del camino estaba el merendero de la tía Mejorana, y la recién desposada empezó á ponerse desde luego abultada y pesadota, hacían parada en él, y aquélla les servía para que refrescasen, un gazpacho con poleo.

A ella le sabía á gloria.

A él... desagradábale al principio, pero acabó por saborearlo.

Y cuando el tío Culantrillo los veía desde su casita cruzar el valle, muy cogiditos del brazo y satisfechos, solía repetir con irónica sonrisa:

—¡Je! ¡je! ¡je! ¡el sacerdote de la ciencia!... Más que tu ciencia, admiro tus tragaderas. ¡Al fin hiciste tu negocio!... ¡Ahora come, bebe y triunfa sin empacho, que como tú hay muchos por el mundo!

PUBLIO HURTADO.

TRUJILLO

EN el número XII de la REVISTA DE EXTREMADURA hemos leído un importante trabajo acerca de la historia de Trujillo, debido á la doctísima pluma del eximio escritor D. Matías Ramón Martínez; jamás la noble Ciudad extremeña sabrá agradecer bastante al autor de «El libro de Jerez de los Caballeros» el importante servicio prestado á la historia en general y á Trujillo en particular.

A tan importante trabajo, nosotros deseamos unir un documento inédito que poseemos, de gran significación histórica, en el que se menciona lo que el Santo Rey D. Fernando asignó al Prelado Placentino en la conquista de Trujillo y los personajes que intervinieron en la entrega de las VI yugadas, de diez, que el Santo Rey le adjudicara por los servicios prestados en la frontera y conquista de Trujillo. En esta mencionada conquista lució por vez primera el Obispo D. Adán, natural de Béjar, electo confirmado, sus aptitudes guerreras, que más tarde le habían de distinguir en la conquista de Córdoba, Sevilla y otras ciudades de Andalucía con los héroes y nobles placentinos, que siempre acompañaron á su Prelado.

DOCUMENTO

El rey S. Fernando concede á D. Adán, Obispo de Plasencia, X yugadas en el término de Trujillo, en atención á los servicios presta-

dos, por el mencionado Obispo, en defensa de la frontera, conquista de Trujillo y Medellín: en 11 de Diciembre de 1257 el Concejo de Trujillo dió posesión al Sr. Obispo de las VI yugadas que aún le adeudaba.

El documento dice:

In Dei n(omi)ne Ame(n) gra(tias). Connoscida cosa sca alos q(ue) son e q(ue) sera(n). etc. co(m)mo nos el c(on)çeio de T(ro)giello e uesemos la t(ierra) plantada de n(uest)ro Señor el Rey do(n) ff(e)rr(ant) aq(uien) dios de paraisso en la q(ua)l facie su donadio d(e) .X. iugadas de bueys a(n)no ves en el egio d(e) T(ro)giello a n(uest)ro Señor do(n) Adam Ob(is)po d(e) plase(en)çia, por muchos s(er)uicijs q(ue) fiso en la front(er)a en la co(n)q(ui)sta de T(ro)giello e de Medelin. dimos tod(oe)l c(on)çeio n(uest)ros bonos o(m)mes por desmoronadores q(ue) metiessen al Ob(is)po en la he(re)dat. e dimosle p(ri)m(er)amente iiii. iugadas de bueys año ues. e dimos d(e) oçeio ento(n)çes n(uest)ros bonos o(m)mes por desmoronadores. do(n) Tome. e Manuel Sancho. e Blasco martinez q(ue)l(e) metiessen en la he(re)dat de iusso so la he(re)dat d(e)la torre d(e)l Almacen. la q(ua)l ha el ospital de burgos. dela I.^u parte d(e) donadiod(e)l Rey d(on) ff(e)rr(ant) e d(e)la ot(ra) parte do(on) p(ero) m(artine)s. e do(n) bernaldo. e estos n(uest)ros desmoronadores entregaro(n) a n(uest)ro señor el Ob(is)po d(e) iiii. iugadas de bueys año ues. e de(s)p(ues) a dias passados demandonos el Ob(is)po do(n) Ada(m) demandonos q(ue)l(e) entregassemos d(e). VI. para co(n)plir las.X. iugadas d(e) bueys año ues. e touimos por bie(n) por entregarlas. e dimos por co(n)çeio n(uest)ros desmoronadores q(ue)l(e) metiessen en la he(re)dat. e tanuien a saber m(artin) gordo M.^a C.^o izquierdo. Blasco m(artin) sobrino d(e) do(n) Tome. e Blasco s(ancho) fiio de S(ancho) polo. e estostres desmoronaran la he(re)dat. e meteran al Ob(is)po en ella. e entregara(n)le d(e) .X. iugadas de bueys año ues. segun co(m)mo la carta d(e)l Rey ma(n)daua. e esta he(re)dat es de iusso so la torre d(e)l Almaze(n) en la carrera d(e) plaçe(n)çia. co(n)tra t(ro)giello o tie(nen) sus casas el Ob(is)po. e do(n) bernaldo las suyas. e esta he(re)dat es ta(n)bien d(e) ssusso d(e)la carrera d(e) plase(n)çia e co(m)mo de iusso. Lind(er)os d(e)la u(ua) parte do(n) bernaldo. e d(e)la ot(ra) los d(e)l ospital d(e) burgos q(ue) an la torre d(e)l Almaze(n). e d(e)la ot(ra) p(ar)te sso la carrera comoua o(m)me de T(ro)giello pa(ra) Plaçe(n)tia. t(ra) (contra) toçuelo Assi co(m)mo esta(n) los moiones puestos. Et nos el oçeio d(e)susso dicho. por seer mas firme e mas estable e no(n) uenir dubda alguna entre nos e el Ob(is)po. ni(n) delos ot(ros) Ob(is)pos q(ue) an de uenir. fazemos esta carta al Ob(is)po e robramosla co(n) n(uest)ro seyelo pe(n)-de(n)te. e rogamos al Ob(is)po q(ue) pusiesse h̄y el suyo. e yo do(n) Ada(m) por la gra(çia) d(e) dios ob(is)po de plaçe(n)çia. dome por entregado desta he(re)dat daua(n) dicha en los lugares de sussodichos. e por q(ue) sca mas estable entre mi e el oçeio. pus mi seyelo pe(n)-di(en)te en esta carta. Esta carta fue fecha en T(ro)giello iiii. Idus de-ce(m)bris. sub Era M·CC·LXXX·V· Alcaldes desse año en T(ro)-

giello. do(*on*) bernaldo e do(*n*) Gil. Juez Esteuan d.^o escriuano de oçcio.
do(*n*) Mathias. fijo de do(*n*) Tome.

El anterior documento está escrito en pergamino, contiene 27 y medio renglones, hoy casi ilegibles, mide 22 centímetros de alto por 16 de latitud, han desaparecido los dos sellos que pendían de cordones de seda. Las letras cursivas intercaladas en las palabras faltan en el texto, por la multitud de abreviaturas que contiene.

JOSÉ BENAVIDES

Chantre Placentino.

Plasencia, Noviembre 5.

DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Estaba el alma ansiosa del consuelo
Que amoroso prodigas al creyente,
Y en el raudal de Tu divina fuente
Nueva vida cobrar, vida del cielo.

En la que Tú me des, mi único anhelo
Será tu nombre bendecir ferviente,
A tu reino aspirar, y eternamente
Mirar Tu augusta majestad sin velo.

Perdóname, Señor, si de la vida
Aún encuentro pesadas las cadenas;
Que sufrir por Tu gloria bendecida,

Es privilegio de las almas buenas,
¡Y haz que en Tu santo amor siempre inspirada
Llegue, Señor, al fin de la jornada!

Luz.

LAS CAJAS DE AHORROS Y EL BANCO DE ESPAÑA



ESTIMAMOS como un deber de patriotismo el contribuir, en la medida de nuestras fuerzas, á divulgar los grandes beneficios que á los individuos, á las familias y á la sociedad reportan las Cajas de Ahorros.

No damos á estos institutos más importancia de la que en justicia merecen, y al recomendarlos á la iniciativa particular y á la acción oficial, hemos de precavernos contra aquellas afirmaciones que pudieran considerarse hijas de exagerado optimismo.

Las clases menos acomodadas, para hacer más soportables sus desventuras y aminorarlas en lo posible, demandan auxilios del Estado y de las familias que disfrutan de mayor fortuna, y entre lo mucho que puede y debe hacerse en favor de las personas desvalidas, está el darles facilidades para que adquieran hábitos de laboriosidad y economía.

El ahorro no es, en suma, más que uno de los mil medios que pueden utilizarse para reformar, en lo que tiene de malo, el presente estado social.

Abonan el entusiasmo que nos inspiran las Cajas de Ahorros y Montes de Piedad las experiencias recogidas en los países más cultos de Europa, donde las cuestiones que se relacionan con el problema social se estudian con criterio eminentemente práctico y se llevan á la realidad las soluciones que se consideran provechosas con perseverancia y buen deseo.

Repetimos que está evidenciado por las estadísticas nacionales y

extranjerías que, donde la virtud del ahorro deja sentir su benéfico influjo, se aminora la criminalidad, se corrige mucho el vicio de la embriaguez y nadie busca en los azares del juego lo que sabe que sólo puede alcanzarse con laboriosidad y economía.

Desde hace cincuenta y seis años que se fundó en España la primera Caja de Ahorros, el crédito de estos institutos ha subido al mayor apogeo en algunos países de Europa y América, siendo tan poco lo que se ha hecho en la Península que no basta á colocarnos al nivel de los países que ocupan en las estadísticas del ahorro popular los últimos lugares.

En demostración de que nuestras palabras son el reflejo de la verdad, vamos á copiar algunos datos curiosos que, á pesar de corresponder á fecha algo distante, no han perdido su verdadero interés.

En 1874, calculando el valor de los depósitos de las Cajas de Ahorros por habitantes, se obtenía el siguiente resultado: Bremen (provincia y ducado de Hannover), 326 francos; Dinamarca, 123; Suiza, 50; Inglaterra, 42; Austria, 43; Prusia, 33; Francia, 14; Italia, 11; Bélgica, 19; Holanda, 7; España, 2.

Con posterioridad se publicó otra estadística en que, desde el punto de vista de la población, la suma de capitales impuestos en las Cajas de Ahorros de Europa, representaba por cada habitante 28 francos, correspondiendo á Suiza 85,69; á Inglaterra, 48,49; á Austria, 44,56; á Francia, antes de la guerra franco-prusiana, 18,94, y en fin de 1879, 15,79 francos.

De España no se hace mérito en este trabajo, y en verdad que no resulta muy halagüeño para el amor patrio que se nos relegue al olvido cuando se habla de los esfuerzos que realizan las naciones cultas para mejorar su estado social.

Siempre que se trata de la creación de una Caja de Ahorros en alguna capital ó pueblo importante de la Península, se hacen, por los que hablan de estas instituciones sin conocerlas, los más tristes pronósticos y los hechos vienen después á demostrar que no hay nada tan expuesto á error como calcular las economías y ahorros que pueden realizarse en una población ó comarca.

En los primeros momentos las operaciones son siempre muy limitadas; pero cuando la Junta directiva de la Caja de Ahorros, merced á su diligencia, honradez y buena gestión, lograr ganar la confianza del público, el dinero acude á la caja en tal cantidad que hay precisión, para conjurar graves disgustos, de poner trabas á las imposiciones.

En la mayor parte de los casos, las Cajas de Ahorros han visto su existencia comprometida por tener sin colocación y devengando intereses sumas muy importantes; de suerte que, lejos de justificarse en la práctica los pronósticos de los pesimistas, se evidencia que el terreno está bien preparado y que la semilla puede dar abundantes y sazonados frutos si hay quien la cultive con perseverancia y acierto.

Hoy que el anarquismo inquieta tanto los ánimos, no será baldío recordar que jamás se dió el caso de aparecer complicado en los grandes crímenes de carácter social ningún imponente de las Cajas de Ahorros.

El hombre activo y económico tiene fe en el trabajo y á él confía su porvenir y el de la familia.

Hubo un tiempo en que cada institución benéfica fundó una lotería para atender con los beneficios todas sus obligaciones. Lamentamos muy sinceramente que las energías y el tiempo que se gastaron en solicitar para el juego las pequeñas economías de las clases obreras no tuviesen una aplicación más provechosa.

Interesaba entonces é interesa ahora avivar el sentimiento de la dignidad humana, para que el obrero, á fin de no pasar por el bochorno de implorar una limosna ó vivir rodeado de privaciones, se someta gustoso al deber de ser honrado y económico cuando está en la plenitud de sus energías y gana más de lo preciso para vivir.

Las loterías despertaron el deseo de labrar una fortuna sin esfuerzo, con mezquino sacrificio y en corto plazo. Estos extravíos de la opinión fueron luego facilidades que sirvieron á gentes sin conciencia para explotar á las masas alucinadas, ofreciéndoles el interés de ciento por uno si les entregaban sus economías. Estas estafas no pueden realizarse en un país educado en la virtud del ahorro, donde grandes y pequeños saben por experiencia lo que cuesta economizar algunas pesetas y lo difícil que es proporcionar á los ahorros, empleando procedimientos legales, un interés mayor del 5 ó 6 por 100.

Importa á todos no olvidar la facilidad con que los obreros cambian de opinión cuando mejora su estado social. Sujetos que en días de desgracia no se contentaban con menos que destruir la sociedad, cuando los tiempos cambian y la suerte se les muestra propicia, toda medida encaminada á garantizar el orden público y á hacer respetar la propiedad, por enérgica que sea, aparece á sus ojos demasiado blanda.

Hagamos propietario al obrero, y él será el primer interesado en demandar á los Poderes públicos toda clase de garantías á fin de que nadie pueda atentar contra el derecho de propiedad.

Al logro de este bello ideal van encaminados los esfuerzos de las Cajas de Ahorros.

En Inglaterra, persuadidos todos de los grandes beneficios que puede reportar á la sociedad el generalizar los hábitos de economía entre las clases trabajadoras, han abierto despachos las Cajas de Ahorros al lado de las grandes fábricas y talleres. Allí el obrero, al cobrar la quincena, se encuentra solicitado por la voz de un bienhechor que le invita á tener previsión y á ser económico; en España, al oído del obrero, sólo llegaban y llegan los gritos de los vendedores de billetes de lotería que, al despertar los anhelos de ganar mucho en poco tiempo y sin penalidades, matan toda iniciativa y dejan como adormecidas todas las actividades.

Aun se hace más en Inglaterra en los días en que se paga á los obreros en los principales establecimientos industriales y fabriles, pues á la puerta de ellos se establece una especie de misión con el exclusivo objeto de llevar al ánimo de los trabajadores el convencimiento de que su interés y el de sus familias reclaman que lo que habían de gastar en la taberna ó el juego lo impongan en la Caja de Ahorros.

En España hubo billetes de la lotería hasta para las personas más menesterosas y amparándose en que el fin justifica los medios, se hizo pagar tributo al vicio del juego á los menores de edad y á las mujeres.

El año 1885 se acordó en Italia pagar en libretas de la Caja de Ahorros los pequeños premios de la lotería; aquí ni siquiera esa ventaja hemos tenido. Para fomentar la virtud del ahorro en Inglaterra, se han establecido los Bancos de diez céntimos. (Penny Banks-Bancos de á penique.)

No llegan á tanto los entusiasmos por las Cajas de Ahorros en Francia, Alemania, Austria, Italia, Bélgica y Suiza; pero eso no impide que estos países presten especialísima atención á cuantas iniciativas puedan contribuir á generalizar las costumbres de economía y honradez entre las clases trabajadoras.

Cuando se consultan las estadísticas y se ven los muchos millones que gracias á las Cajas de Ahorros pueden utilizar el Estado, la agricultura, el comercio y la industria en el extranjero, aun los más pesimistas no pueden menos de reconocer el deber moral en que todos estamos de trabajar para que tan provechosos institutos se generalicen en nuestra desventurada nación.

En 1888 el total de imponentes en las Cajas de Ahorros de Inglaterra, ascendía 5.556.371 y la suma de sus imposiciones se elevaba á 2.530.907.175 pesetas.

Francia tenía el mismo año 5.346.308 imponentes, con 2.403.104.388 pesetas.

No llegaba en Italia el ahorro á cifra tan elevada; pero no por eso dejaba de tener verdadera importancia, pues se aproximaba mucho á 1.591 millones de pesetas.

España contaba en esa fecha con 43 Cajas de Ahorros, que sumaban 114.384 imponentes, con un capital de 81.778.964 pesetas.

Los datos correspondientes á 1893, arrojan en la Península las siguientes cifras: Cajas de Ahorros, 41; imponentes, 173.317; capital, 127.595.530.

Francia realizó en 1881 una reforma del mayor interés para ensanchar los cauces del ahorro. Por una ley de dicha época fueron autorizadas las mujeres casadas para hacer imposiciones y cobrar en las Cajas de Ahorros sin la concurrencia de los maridos.

De 3.880 mujeres casadas que hicieron imposiciones en 1885, fueron autorizadas por sus maridos para retirar las imposiciones 149, obraron con absoluta independencia 3.731, y sólo una encontró oposición en su marido para retirar sus ahorros.

Todas las iniciativas se encaminan fuera de España á dar las mayores facilidades para que aumente el ahorro, pues se cuenta con la seguridad de que las sumas que se reúnan, por importantes que sean, no han de quedar sin buena é inmediata colocación; en nuestro país ocurre una cosa muy distinta: son muchas las Cajas de Ahorros que han luchado con graves dificultades para poder pagar á los imponentes porque unidos estos institutos á los Montes de Piedad y no disponiendo para el dinero de las imposiciones de otra colocación que los préstamos de dichos benéficos establecimientos, el sobrante venía á ser un censo insoportable para las Cajas de Ahorros, censo que sólo podía redimirse buscando procedimientos indirectos para reducir las imposiciones en importancia y número.

En vez de ensanchar más y más el cauce del ahorro para que pueda circular con todo desahogo el caudal formado por las economías de las clases trabajadoras, se ciegan las fuentes que ya se alumbraron, dejando perder manantiales que cuando quieran otra vez buscarse se perseguirá probablemente un imposible.

Los demás países donde el ahorro marcha por caminos de prosperidad, encontraron fácil el remedio á tales complicaciones. Puede decirse que en Francia é Inglaterra las Cajas de Ahorros no son más que un intermediario entre los particulares y el Tesoro público, viniendo á centralizarse en éste todas las imposiciones.

Se prefiere en Alemania el préstamo sobre hipotecas y efectos públicos, siendo muy reducida la protección que alcanza á los Montes de Piedad.

Más del 60 por 100 del importe total de las imposiciones se destina en los Estados Unidos de América á préstamos sobre obligaciones hipotecarias. También se hacen operaciones de esta clase sobre créditos de los condados, ciudades y villas, siempre que estén emitidos en virtud de una ley.

En estos últimos años las Cajas de Ahorros han dedicado en Europa grandes sumas á la adquisición de valores públicos por cuenta de los imponentes, administrándoles estos valores, ya para cobrar las rentas, ya para venderlos, escusando esta clase de operaciones á muchos que por falta de tiempo ó competencia no las realizarían.

Con la compra de valores públicos, algún mayor desahogo tendrán las Cajas de Ahorros en la Península; pero conviene no perder de vista que una gran parte de los imponentes desconocen esta clase de negocios, teniendo al propio tiempo opinión poco favorable de los valores que garantiza el Estado. Está fuera de toda duda que ocurrirá con esto algo parecido á lo que ya hacemos observar en otro lugar, con motivo del ingreso en la Caja de Depósitos del dinero que las Cajas de Ahorros no pudieron colocar en los préstamos de los Montes de Piedad.

Donde la opinión pública no tiene la menor confianza en la garantía del Estado, es contraproducente buscar ésta como estímulo para que las imposiciones aumenten en las Cajas de Ahorro.

El ejemplo de Francia no tiene aquí la menor aplicación, y en prueba de que estas afirmaciones encierran una verdad incontestable, ahí está en completo olvido el Real decreto de 1853, en que se disponía que el dinero sobrante de las Cajas de Ahorros se llevase á la Caja de Depósitos.

Hay que reconocer que por todo pasan en España los imponentes menos por confiar la Administración de sus ahorros al Estado.

En cuanto á los préstamos á las Diputaciones ó Ayuntamientos, no habrá en ninguna Caja de Ahorros consejeros que cometan la locura de llevarlos á efecto, pues demasiado sabe todo el mundo que se cobra tarde y mal lo que se presta á esas Corporaciones.

La experiencia ha demostrado en Segovia, con el percance que sufrió aquel Banco Agrícola, que no es discreto destinar las imposiciones á corto plazo á préstamo con garantía personal ó hipotecaria, pues tanto los agricultores como los industriales prefieren pagar algo más

de interés á cambio de que los plazos para el reintegro de la deuda sean algo más largos.

Entre los imponentes de las Cajas de Ahorros se encuentran sujetos tan asustadizos y medrosos, que por la más pequeña contrariedad llevan la alarma á todas partes y promueven un grave conflicto. Para aquietar á estas gentes no hay más que un medio práctico: entregarles su dinero en el momento que lo pidan, y esto no puede hacerse cuando las sumas que llevan los imponentes se destinan á préstamos á los industriales ó agricultores.

Importa mucho no olvidarse de la gran desestimación en que está la propiedad inmueble y de la facilidad con que en España se dejan las fincas á la Hacienda por débitos relativamente pequeños.

¡Medrada estaría la Caja de Ahorros que se encontrara, para solventar sus cuentas con los imponentes, sin dinero en Caja y con un activo representado tan sólo por fincas rústicas y urbanas!

Hay que estudiar nuestras condiciones especiales de carácter y la situación del país, para que la solución que se dé al asunto que venimos examinando sea práctica y responda á las conveniencias del interés general.

En la Península nadie tiene el menor reparo en llevar dinero ó valores al Banco de España, pues de tal crédito goza este establecimiento, que no hay un solo español á quien por ahora asalte el temor de que pueda el Banco sufrir ningún grave contratiempo que comprometa su buen nombre.

El Banco ha tenido que reducir en todas las sucursales la cartera, porque las operaciones con el Tesoro le absorben una buena parte de sus recursos.

Los imponentes de las Cajas de Ahorros, lejos de inquietarse, se congratularían si se llevaran sus economías al Banco de España, devengando un interés de 2 ó 3 por 100.

Por si fuese necesario, haremos la aclaración de que somos entusiastas defensores de que los fondos de las Cajas de Ahorros se inviertan con preferencia en las atenciones de los Montes de Piedad; pero estimamos que los sobrantes no pueden tener colocación provechosa y adecuada más que en el Banco de España. Este establecimiento cuenta con numerosas sucursales, facilita recursos al comercio y la industria, y podría ensanchar sus operaciones de una manera considerable si las Cajas de Ahorros le entregasen sus fondos sobrantes.

De esta suerte se aseguraba un interés módico á las imposiciones y estaban conjuradas toda clase de complicaciones, dando por resul-

tado situación tan favorable el aumento extraordinario de las imposiciones.

No se crea que dando facilidades al ahorro las sumas que se entregarían al Banco de España serían de poca importancia, pues ya hemos copiado cifras que demuestran la gran influencia que las economías de las clases laboriosas pueden tener en la prosperidad de un país. Sin pecar de optimista, puede afirmarse que en las Cajas del Banco ingresarían, á la vuelta de algún tiempo, ¡200 millones de pesetas!

Las Sucursales del Banco podrían favorecer mucho la creación del ahorro postal y escolar.

Aquí, donde tan dispuestos estamos siempre á copiar lo malo que se hace en otros países, hay que dolerse de que no se tomen, con relación al ahorro, los buenos ejemplos de Inglaterra y Francia.

Al exponer las consideraciones que preceden, no nos hemos forjado la ilusión de que puedan verse traducidas en hechos en breve plazo; pero sí halagamos la esperanza de que se nos haga la justicia de reconocer que luchamos con buena voluntad por divulgar aquellas enseñanzas que, en nuestro sentir, pueden reportar mayores beneficios á las clases trabajadoras.

RIVAS MORENO.

HOMÚNCULUS, XÍLOPE, VIATOR.....



CABAMOS de leer uno de los mejores discursos de Sir William Crookes, el gran telépata, ilustre descubridor del radiómetro y del talio, discurso pronunciado en la *Sociedad de Investigaciones Psíquicas de Londres*. Sus conceptos, aparte de acusar cuán débiles é inseguros son los conocimientos de la *flaca* humanidad, contienen una genial filosofía, de acuerdo con los últimos descubrimientos de la Física como ciencia de la vibración. A los lectores de la REVISTA DE EXTREMADURA no desagradará un extracto fidedigno de algunos de aquellos conceptos, que más al pormenor pueden ver en los *Anales de Ciencias Psíquicas de Francia* (1897).

*
**

Fuerzas desconocidas y radiaciones invisibles.

Todos los fenómenos del Universo, dice Crookes, son, en algún modo, continuos, y ciertos secretos arrancados á la Naturaleza pueden darnos la clave de otros más escondidos aún. Consideremos, por ejemplo, las vibraciones del éter, que sabemos existen desde la unidad hasta dos mil billones por segundo y que sirven para transmitir á los seres vivos los efectos producidos por los objetos exteriores.

Tomemos por punto de partida un péndulo que bata una oscilación de un segundo: doblando sucesivamente esta oscilación, se obtiene la serie siguiente:

Vibraciones por segundo.

1. ^{er} grado	2	
2	4	
3	8	
4	16	
5	32	
6	64	
7	128	
8	256	
9	512	
10	1.024	
15	32.768	
20	I	048.576	
25	33	554.432	
30	I.073	741.824	
35	34.359	738.368	
40	I	099.511	627.776
45	35	184.372	088.832
50	I.125	899.906	842.624
55	36.028	707 018	963.968
56	72.057	594.039	927.936
57	144.115	188.075	855.872
58	288.220	376.151	711.744
59	576.440	752.303	423.478
60	I	152.881	504.606	846.976
61	2	305.763	009.213	693.952
62	4	611.526	018.427	387.904
63	9	223.052	036.854	775.808

En el 5.^o grado, desde la unidad á 32 vibraciones por segundo, nos encontramos la región en que la vibración de la atmósfera se nos revela bajo la forma de *sonido*. En los diez grados siguientes las vibraciones por segundo se elevan de 32 á 32.768, y allí termina la zona del sonido para el oído humano ordinario, aunque, probablemente, animales de mejor oído perciben sonidos demasiado agudos para nosotros, es decir, de vibraciones superiores á este límite.

Penetramos en seguida en la región donde el número de vibraciones aumenta rápidamente y el medio vibratorio no es ya la grosera atmósfera sino otro infinitamente más sutil *un aire más excelso*, llamado éter. Del grado 16 al 35 las vibraciones se elevan de 32.000

á unas 34.000.000.000 por segundo, las cuales se presentan ante nuestros medios de observación como *rayos eléctricos*.

En seguida viene la región del grado 35 al 45 y comprende hasta algo más de 34 billones de vibraciones, región que *aun nos es desconocida*, como no ha mucho nos fuera la región eléctrica.

Nos acercamos así á la región de la luz, grados 45 al 50 ó 51, y á las vibraciones de más de 35 billones por segundo (*rayos caloríficos*) hasta llegar á 1.875 billones, rayos del espectro los más elevados que se conocen. La sensación de luz, es decir, las vibraciones que impresionan á nuestra vista, están comprendidas entre los estrechos límites de unos 450 billones (luz roja) á 750 billones (luz violeta), ó sea menos de un grado.

Abandonando la región de la luz visible llegamos á lo que para nuestros sentidos y medios de observación es *otra región desconocida*, cuyas funciones comenzamos á sospechar, ya por virtud de los estudios espectrales del Sol, ya por los fenómenos químicos ó de la zona ultra-violeta, y es más que probable que los famosos rayos X ó de Röntgen, se encontrarán entre el grado 58 y el 61, allí donde las vibraciones pasan de 2.400.000.000.000.000.000 por segundo!

Existen, pues, dos grandes lagunas ó regiones desconocidas, cuyo papel en la economía del Universo ignoramos, y existir deben vibraciones más rápidas todavía, pero, ¿qué relación puede haber entre las vibraciones, y el pensamiento ó la transmisión del pensamiento? La rapidez de aquellas parece revelar la mayor importancia de sus funciones, y es indiscutible que una mayor rapidez priva á los rayos de muchas de sus propiedades, incompatibles con el aspecto de las *ondas cerebrales*.

Los rayos vecinos al grado 62 son de tal índole, que pierden la propiedad de ser refractados, reflejados ó polarizados, y son susceptibles en cambio de pasar á través de muchos cuerpos que nosotros consideramos opacos, siendo las más rápidas las que pasan más fácilmente por las sustancias más densas. Así se concibe sin esfuerzo que rayos dotados de la enorme velocidad vibratoria de 9.000.000.000.000.000.000 por segundo penetren por los medios más condensados, sin apenas disminuir de intensidad, y con la velocidad de la luz.

De ordinario nos comunicamos las ideas por la palabra, evocando en el cerebro una representación, y transmitiendo por la vibración de las cuerdas vocales y por el intermediario de la atmósfera material, otra representación correspondiente, que es impresa en el cerebro de

aquellos cuyos oídos están en disposición de recibir estas vibraciones. Nos servimos, pues, de las vibraciones de las moléculas materiales de la atmósfera para transmitir una idea de un cerebro á otro.

En los rayos Röntgen nos encontramos con vibraciones de extrema pequeñez, respecto á las ondas más pequeñas que se han podido medir, y de dimensiones comparables á las distancias que separan los centros de los átomos, sin que haya motivo para creer que alcanzamos al límite de la rapidez. Las ondas de esta índole cesan de tener muchas de las propiedades que caracterizan á las ondas luminosas, aunque como ellas se produzcan en el éter y se transmitan con igual velocidad. Aquéllas no pueden ser reflejadas por las superficies pulimentadas á la manera de las demás de la Física: no determinan fenómenos de polarización, según va dicho; al no ser refractadas, jamás cambian su dirección al atravesar medios de densidad diferente, penetran, en fin, sustancias opacas á la luz y de espesor considerable, con igual facilidad con que ésta atraviesa el cristal. Cuando se obtienen en el vacío no son homogéneos, sino que se componen de haces de ondas de diferente amplitud, al modo como ocurre también con las ondas de los diversos colores. Algunos de estos atraviesan con facilidad los músculos y son parcialmente detenidos por los huesos, mientras que otros atraviesan con igual facilidad unos y otros.

Mediante algunos postulados muy admisibles encontraremos la posibilidad de ver en estos rayos un medio de transmisión del pensamiento, y la clave al par de muchos misterios de la ciencia psíquica. Admitamos que estos rayos, ú otros de mayor rapidez, puedan penetrar en el cerebro y actuar sobre un centro nervioso adecuado, que se sirve de estos rayos como las cuerdas vocales se sirven de las vibraciones sonoras (en ambos casos la inteligencia es la que preside) y las envía, con la velocidad de la luz, á impresionar el ganglio receptor de otro cerebro. Así algunos fenómenos de telepatía y transmisión de pensamiento parecen entrar en el dominio de la Física.

*
* *

Gastón Moch continúa esta teoría con un artículo muy notable, que respira también singular filosofía acerca del carácter relativo é imperfecto de los conocimientos humanos.

Comenta primero las ideas de Crookes respecto de la colossal in-

fluencia que un cambio en la gravitación, en la luz ó en la atmósfera ejercería en las ideas y conocimientos del hombre. Habla de su *Homínculo* ensayando y admirándose de la resistencia invencible que á sus fuerzas de micro-organismo presentaría la gota de rocío en una hoja de col, que á su pequeñez parecía inmensa; del incesante bombardeo que remedaría en sus oídos y rostro el flotar del polvillo atmosférico que un rayo de sol patentiza: *Homínculo* presenciaria el último entrecruce de los átomos en las combinaciones químicas; *Homínculo* no podría estudiar la acción del calor sobre los cuerpos, porque el calor necesita fuego y el fuego, á su vez, grandes masas de combustible, que para él simbolizarían un volumen análogo al que para nosotros tenga una montaña; *Homínculo*, en fin, al observar las gotas de agua, afirmaría en sus tratados de Física *que los líquidos aparecen siempre bajo formas esféricas y resistentes*, y hallaría majestuosa y soberbia á la mosca común, para él gigantesca, cuando persigue á su presa.

La repentina aparición de los rayos X en la ciencia, dice Moch, ha vulgarizado sobremanera la noción de cuán imperfectos son nuestros sentidos. ¿Quién no ha pensado acerca de cuál sería el concepto que del mundo se formase un ser organizado para percibir directamente estos rayos?—Para ello bastaría tener un ojo construido de madera ó de cartón—.

Imaginemos este hombre, que llamaremos un *Xílope*, cuyo ojo percibiría, no como el nuestro, vibraciones de 450 á 750 billones por segundo, sino las comprendidas entre 300 y 2.300 trillones.

De su amada, *Xílope* no percibiría más que el esqueleto, rodeado de una masa confusa y traslucida, presentando á sus ojos el aspecto que nosotros llamamos gelatinoso. El criterio de la belleza no consistirá para él en cuantos detalles podemos admirar, tales como unos ojos expresivos, una boca bien dibujada, dientes blancos y bien puestos..... En sus novelas no se leerá nada de esto, sino descripciones á este tenor: «Ernestina se hallaba dotada de una caja torácica de irreprochable simetría, limitada por dos omóplatos del perfil más puro; su gracioso esternón y, sobre todo, la maravilla de su cúbito, de contornos delicadamente desvanecidos por la semitransparencia de las carnes...»

Este pueblo extraordinario se ocultaría á las miradas en casas de vidrio, cuyas ventanas igualmente de vidrio, se abrirían cuando desearan los moradores hacer penetrar por cristales *de madera* los bienhechores rayos del Sol. El bosque más espeso le parecerá á *Xílope* una desierta llanura, en la que verá sólo la savia que asciende por árboles

para él invisibles y le producirá el efecto de saltos de agua, extremadamente delgados, elevándose con mucha lentitud. Como Xílope no podrá acercarse á uno de estos saltos sin golpearse en el tronco (invisible por su absoluta transparencia para los rayos X, únicos que le resultan luminosos), insertaría en un tratado de *hidráulica* la curiosa observación siguiente acerca de los árboles:

«Durante la primavera se observan en el campo multitud de fuentes-surtidores, cuyas moléculas están evidentemente sustraídas á las leyes de la gravitación y de la evaporación. Su caudal es muy débil, formado por filamentos capilares, que se subdividen hasta lo infinito y se elevan á considerable altura. Suelen, á veces, presentarse por grupos. A pesar de su tenuidad, es muy raro que el calor llegue á agotarlos, pero se hielan en invierno..... Una de las particularidades más curiosas de estos surtidores, es la de que á cada uno de ellos le rodea una zona impenetrable que le envuelve y que nada acusa á la vista; de modo que debemos acercarnos á ellos con precaución, para no resultar golpeados ó punzados de improviso, de manera harto dolorosa.» Y, más tarde, con los progresos de la civilización, otro Xílope completaría el capítulo: «Acaba de hallarse una ingeniosa aplicación de las *fuentes surtidores*: mediante instrumentos especiales, originalísimos, llamados hachas, sierras, cepillos y cuchillos, es posible separar completamente del suelo estos surtidores en todo ó en parte y apartar al par con ellos la sustancia dura y transparente que los rodea y en la que nuestros crédulos antepasados veían un espíritu golpeador preservando el acceso á los surtidores. Esta sustancia, conservada largo tiempo para que se evapore el agua que contiene, resulta luego perfectamente transparente, y por su origen se la ha llamado *crystal de fuente*, ó comunmente *madera*.

¡Bastaría para que los seres vieran el Universo de este modo que su ojo estuviese organizado para percibir, no las vibraciones comprendidas entre los 45 y 59 grados de Crookes, sino los que se extienden del 58 al 61!

El *Homúnculo* de Crookes es pariente muy cercano del *hombre infinitamente plano*, al que recurren los geómetras para persuadirnos, por comparación, acerca de la Geometría de n dimensiones. —Es cierto, dicen estos sabios, que sólo podemos concebir el espacio según tres dimensiones, pero esto se refiere únicamente á la constitución de nuestro cuerpo y al funcionamiento imperfecto de nuestros sentidos. Es sólo una noción *puramente subjetiva*. Supongamos un ser que sea infinitamente plano en el sentido analítico del advverbio «infinitamente».

El tal, sólo podría aplicarse á la superficie de los cuerpos y, según toda probabilidad, no concebiría el movimiento como el acto de resbalar á lo largo de las superficies. No existiría para él la noción de la tercera dimensión, y nuestra geometría del espacio le parecería tan inexacta como para nosotros la que considera 4, 5, 6.... ó n dimensiones, y, no obstante, tendríamos fundado motivo para calificar desdeñosamente de *superficial* su razonamiento. Asimismo es dable que existan en algún mundo seres de 4 dimensiones, á cuyo juicio resultaremos tan ínfimos é hipotéticos como á nosotros nos parece el hombre infinitamente plano.

Sabido es que esta soberbia especulación de una geometría de n dimensiones (geometría que es pura álgebra hoy), en la cual se consideran especialmente varias perpendiculares trazadas desde un punto sobre una recta, ó varias paralelas distintas que pasan por un mismo punto; esta elucubración que nos parece el *summum* de la quimera gratuita é inútil, ha permitido generalizar ingeniosamente más de un problema perfectamente real. Por lo demás, las rigurosas figuras de la geometría euclidiana, ¿no son tan hijas de nuestra imaginación como los cuerpos de n dimensiones? ¿Quién las ha visto jamás?

Y en verdad que, prescindiendo del olfato y del gusto que son sentidos químicos, nos hallamos con otros tres: el oído, que nos proporciona la noción de la línea (1.^ª dimensión); la vista, que nos da la perspectiva (2.^ª dimensión) y que jamás por sí, daría idea del volumen, y el tacto, que nos suministra además esta última noción. A más sentidos, pues, pueden corresponder más dimensiones.

No seguiremos á Moch en sus comentarios curiosísimos acerca de *Viator* (ser imaginario, capaz de ver á todas las distancias, por inmensas que sean, y de trasladarse en el espacio con tanta y mayor velocidad que la luz, que es de 300.000 kilómetros por segundo). *Viator* suspendería indefinidamente la acción del tiempo, podría estar viendo siempre un mismo detalle ó suceso acompañando al rayo de luz en su celeridad semi-infinita, rayo que no llega antes de cuatro años á Sirio, nuestra espléndida vecina sidérea, y que emplea hasta siglos en ir á contar con él la historia del pasado, como novedad absoluta, á las remotas nebulosas.... *Viator* no sólo suspendería, sino que en su mente y vista alcanzaría á invertir el orden de los tiempos: he aquí que se separa del lado de un anciano moribundo á doble velocidad que la de la luz; marchando más y más le vería abandonar el lecho y rejuvenecerse, cambiando sus canas por negros cabellos; le vería pasar de la Universidad á la escuela de primeras letras, olvidar por fin su lengua-

je y conocimientos, y, después de observarle en la lactancia, le vería retornar olímpicamente al claustro materno..... ¡todo merced á ir encontrando en su fugaz retirada rayos de luz de irradiación cada vez más remota!

¿Es esto física ó quimera, espiritismo, mágia ó astronomía? ¿Es un sueño extraño ó una realidad científica, altamente superior á nuestros sentidos? Voltaire con su *Micromegas*; Swift, en su *Gulliver*, Flammarión en las narraciones de su *Lumen*, ¿habrán entrevisto con tan entretenidos fantascos algo muy profundo que surgirá al fin, cual mágica creación, de las ciencias experimentales, ó es que tocamos con ellos secretos de ultratumba?.....

No lo sabemos.

M. ROSO DE LUNA.

UN HOMBRE SINGULAR



CUÁNTO se ha hablado de él en estos días y qué de años han de pasar antes que se le olvide!

Todos: chicos y grandes, parece que nos hemos quedado sin un amigo.

Y no porque le habláramos con frecuencia notamos el vacío que deja. Nada de eso: pasaba á nuestro lado y le saludábamos por señas; á esto nos limitábamos. Pero saludarle ¡ya lo creo!: Era como si nos tropezáramos con dos majestades: la de los años y la del talento, sin otro armiño que los girones de la pobreza.

¿Pobre?... Pobre, pobre, no lo era; pero de tal se vestía, y la vida que venía haciendo era tan sin regalos como la del mendigo. Y no era avaro, no señor, Era..... qué se yo qué era.

Lástima que á este hombre no le haya conocido un Galdós que le sondara, dejándonos su retrato físico y moral.

Lo que es yo ni á trazar su perfil me atrevo. Ha sido una figura harto compleja la de este extremeño que brilló en su juventud en el foro de Cáceres y que, en la plenitud de su vida, dejó el bufete, acaso por su sordera, y huyendo, huyendo de la sociedad vino á ser su recreo cavar la tierra, allá en lo alto de nuestra Montaña, donde tenía su viña, donde acaso se embelesaba al enjugarse el sudor, tendiendo su vista por el amplio horizonte, vigorizando su corazón la misma Naturaleza.

Algo de esto oímos de los trapenses. Cuál de ellos ha tenido preeminencias en el mundo, títulos honoríficos, aplausos entusiastas y todo lo dejan y el desprecio de toda superfluidad los lleva al retiro y santifican su vida en el silencio y en el trabajo, y en medio de la pobreza.

Pero nuestro amigo no era así. No estaba tan desligado del mundo que no acudiera allí donde la cortesía le llevara. ¿Era invitado, acaso, á algún entierro? Pues ya podían las parras esperar: que aquel día no habrían de recibir sus benéficas atenciones. Despojábase si estaba preparado para marchar al campo, de sus alpargatas, de su raído y remendado traje de dril; soltaba el saco de jerga en que llevaba y traía sus provisiones y que tan buen servicio le prestaba como bufanda para desafiar al frío; cambiaba la gorrilla de algodón ó el sombrero de paja, que en toda estación se le veía, por otro de más respeto, de color café con cinta negra, y poniéndose un pantalón más traído que llevado, comprado en algún rastro, y un gabancillo de notoria transparencia para el frío, liado al cuello un pañuelo negro de los que todo lo tapan y enseñoreado, al fin, con unos guantes verdes como los usados por los cazadores de nuestro ejército, cogía un junquillo y á la calle se lanzaba, donde no podía menos de ser reparada aquella indumentaria algo inarmónica que revelaba estrecheces, pero á la vez, en el que la llevaba, distinción, elegancia nativa, lo que no pueden alcanzar gomoosos que atormentan su chirumen..... ¡Si ocurría aun llevando su astroso traje de faenas!

—Habreis observado, querido marqués, que las cuentas del sastre no me arruinan—decía un día.

Con quién tenía semejanza, aunque no cabal, era con aquel señor de la torre de Provedaño con el cual habreis trabado conocimiento, al solazaros, en plena Naturaleza, leyendo las cervantescas páginas de *Peñas arriba*, cuando llegado hubiéseis al capítulo XIV, que con el siguiente, habla de la manera de ser y vida del simpático caballero. Bien recordareis que «en el carro había una carga de heno *verde*, según »mi modo de ver, y según el más autorizado de Neluco, de retoño »*seco*; y sobre la carga un hombre de alta estatura que lanzaba con »impetuoso brío grandes *horconadas* de ella á un boquerón de la pared, »donde las recogía otra persona y las conducía más adentro....» Pues así también este otro hidalgo nuestro, si se las hubiera visto con el heno.

No era el de aquí señor de torre alguna, sino de una corta hacienda: la viña, un olivar, tres casitas; y unas tierras allá en Perales donde nació y le viven unos sobrinos, herederos de siete á ocho mil duros que les deja. Mas como bien le sentaban blasones vivía en una casa que los ostenta en su fachada,—un águila orlada con el cordón de San Francisco, como símbolo de su alto entendimiento y ascética vida:—la casa que está al lado de la que llamamos *del Sol*, por el escu-

do que campea sobre la puerta de medio punto y que conoce media España, por los numerosos fotografados que de ella se han hecho en pocos años; pues bien, en aquella casita de gente noble en que el tiempo ha ido minando y desconchando su fachada, verdinegreando el mármol del escudo, y haciendo ridícula aquella ventana de curvas presuntuosas, de un arte decadente; casa, en fin, tan llena de goteras que sólo puede ser refugio de los humildes, vivía, como digo, el que parecía señor de ella, el famoso Don Tomás García Santibáñez, que ya es razón el nombrarlo, tan despreocupado del qué dirán como de cuanto en ella le rodeaba.

Si acaso le visitásteis en esta morada, seguramente que no entraríais en ganas de quedaros en ella, por muy cortés que os recibiese y aunque muy de corazón os dijera al despediros, con aquel tono grave y enfático tan natural en él:

—Levantad acta de la toma de posesión.

Notábase, aunque en mayor grado, lo que en aquel caserón del señor de Provedaño: «se echaba muy de menos la huella de la hábil mano de la *señora de su casa*» ¡Y tanto como se echaba! Porque aquel camastro sin sábanas bajo el cual ponía á curar los higos, la suciedad anidando en todos los rincones y el revoltijo de cosas poco apacible para la vista despedía pronto á cualquier huésped, que por allí arribase.

¡Si es inconcebible el abandono de sí en que se hallaba! Cuatro camisas tenía puestas al morir: la más interior hacía cinco meses que no se la quitaba.

Encontróle un día en su viña mi amigo Hurtado tan roto que siendo todo su vestido claraboyas, retiróse diciendo:

—¿Me permitís que vaya á despojarme de este traje nihilista?

Y esto lo decía sin corrimiento como el otro señor de la torre de Provedaño:

»Con voz de escaso timbre y algo desafinada, como la de todos
»los sordos, pues lo era él y más que en grado de *teniente*, me dijo:

»—No le pido á usted perdón por los hábitos y ocupaciones en que
»me encuentra, porque si tuviera á mengua emplearme tan á menudo
»como me empleo en estas rudas labores, no me empleara. No me dan
»ellas todo el pan que me nutre el cuerpo, pero me ayudan á conser-
»varle; y como á la par que convenientes me son muy agradables y
»las tengo por honrosas á qué acusarme de ellas como de un pecado
»contra los timbres de mi linaje?»

De manera que al volver ya limpio y decoroso pudo continuar diciendo:

«—No crea usted, amigo mío, que me he vestido estos atalajes señoriles para que se vea que los tengo. No llegan á tanto mis flaquezas de infanzón sin privilegios. Nelusco lo sabe bien. Pero me gusta dar á cada cual lo que merece, y no tengo todavía bastante franqueza con usted que es caballero y hombre del mundo, para recibirle en mi casa, por primera vez, vestido de carretero.»—Aquí habría que decir de pordiosero.—«Va, pues, con usted, como ha ido antes con otros este ceremonial: y no me le agradezca, porque es deuda de homenaje que le rindo muy gustoso.»

Allí, en la reducida casa de la viña, aderezaba en una media tinaja un gazpacho del que se servía varias semanas, siendo el plato principal de sus banquetes. A veces su gusto caprichoso lo regalaba con tal ó cual higuillo seco que adicionaba al gazpacho dejándolos en remojo, y cuando era el tiempo de la molienda de la aceituna, alguna rebanadita de pan pringada en el aceite era para él extraordinario succulento. ¿Y qué diremos de las migas, si á tales despilfarros llegaba, trasladadas de su casa el campo en el pañuelo de la mano, para él escudilla y alivio de secreciones?

Lo que es á esto ¡tate!, lo que es á esto no llegaba el señor de Provedaño.

Pero se daban la mano en el hablar atildado y retórico.

Frases suyas, rayanas en los linderos de lo culto y conceptuoso, que de otros labios hubieran salido como burlesca mueca á nuestros clásicos, brotaban de los suyos como hombre que conviviera con Calderón y Góngora, y corrían de unos á otros repitiéndolas con respeto.

—Advertid—decía un día en el campo—: estas son señales de sequía.

—¿Cuáles?

—Esos hilos que Ariadna teje en el espacio.

Preguntábasele hace años qué le parecía lo decretado sobre creación de más Audiencias de lo criminal, y contestaba:

—Los sacerdotes aumentan: la diosa ha muerto.

Si no llegó á escribir de las materias tan diversas que aquel otro caballero, no fué seguramente por falta de ingenio ni de ilustración, sino porque se desvió de todo lo que fueran letras al llegar á la madurez, dejando como recuerdo de sus facultades oratorias y buenos talentos sus discursos forenses de los que hoy repiten, algunos, trozos de memoria, corridos cincuenta años.

Ochenta y cuatro cumplidos contaba al fallecer. El más anciano y antiguo de los abogados de este colegio ha sido acompañado en su

entierro, llevando las cintas del ataúd, por los abogados que comienzan, por los más jóvenes.

Capaz, después de muerto, de que su espíritu se haya sublevado:— ¿Qué es esto, si he dispuesto en mi testamento que se me lleve á la fosa sin otra pompa que la prestada á un bracero? ¡Y si los curas se opusiesen—está escrito—sepultad mi cuerpo en mi viña!

Algo heterodoxo, según tengo entendido, lo era; pero esto no empecía para que antes de marchar al trabajo oyese su misa en las monjas de San Pablo, casi todos los días. Hombre de ideas liberales se rebelaba contra toda esclavitud: hasta al asno que tuvo hace años, un hermoso animal, que lo llevaba al trabajo, y al que puso el pomposo nombre de *Emperador*, sabe Dios con qué intenciones, no quería imponerle el sello de la servidumbre y sin atalajes ni ronzal seguía á su dueño el noble animal. Cuántas veces encontrábase en el camino con persona de respeto ó amiga suya á la cual se lo ofrecía, diciendo:—¿Gustais pasar á bordo?

¡Pobre señor! ¡Qué viejo tan erguido y tan simpático! Alto, grueso, arrogante, de sonrosado color, cara rasurada, calvo desde la frente al colodrillo, nariz algo aguileña y ojos claros y vivos, era la figura más popular de la ciudad. Los chicos le echarán de menos: porque él los festejaba y ellos le asediaban. Como enjambre de abejas le seguían y le rodeaban. Gracias que, siendo sordo, no les oía el estribillo: —«Santibáñez, dame un higo y no me engañes.»

En verdad que daba pena entonces. Y vergüenza de que hubiera quien lo riyera. ¡Ah! una noche fué apedreado en plena Plaza y su mansedumbre se trocó en furia: ¡guay! si llega á coger á algún muchacho. Tuvo que refugiarse en casa de un amigo donde calmó su corazón dando gracias á Dios de no haber cometido un gran mal.

Casi siempre llevaba en sus faltriqueras frutos secos: higos, castañas, bellotas..... Es gracioso que un día se llegara á un comercio, donde pidió cuatro ó seis puntas de París, y como nada le quisiesen por ellas, volvió por allí unos días después, y sacando unos higos, sin previo saludo, se los dió al comerciante diciendo:—De hidalguía á hidalguía—; y dando media vuelta se salió.

No sé, no sé qué pensar de su cabeza. Un hecho hé de referir, si es que los consignados no lo probaran que es para mí un indicio de que su cerebro estaba un tanto desarreglado. Desarreglado y despreocupado, lo fué él toda su vida por lo que cuentan: Era allá en los tiempos en que informaba, y habiéndolo de hacer en estrados, en cierta ocasión, fuese á la Audiencia calzado con una zapatilla en un

pie y una bota en el otro, por tener aquél enfermo. Uno de los abogados hubo de advertirle que cómo se atrevía á presentarse de tal manera ante el tribunal, á lo cual repuso Santibáñez:—Querido compañero, yo no voy á decir mi discurso con los piés—. Pues, iba á decir, que no hace mucho compróse una gorrilla de algodón y un gabán, ambos de color claro, por lo cual los mandó teñir á su zapatero, con betún, como si fuesen hechos de cuero, ¿y qué ocurrió?: pues que cayendo sobre su cuerpo y esta indumentaria un fuerte chubasco, púsole el agua la cara como no digan dueñas. El hecho paréceme que pasa de la raya.

Y aunque tal vez la haya excedido tanto y tanto renglón como va ya por delante, no me resigno á ser prudente haciendo punto final.

He de añadir de este cenobita extravagante que, viviendo como indigente, dejó al morir en dinero treinta duros; que su vicio, que yo sepa, no era otro que el de *tirar de la oreja á Forge*; mas tal desdén por otra parte, parecía merecerle el dinero, que poniendo al pie de un escrito «7.000 reales» y advertido por el procurador de lo altos que le parecían tales honorarios, dijo: —¿Os parece excesivo?—Cogió la pluma y tachando, escribió: «7.000 maravedises.»

Su cortesanía era la de un caballero de rancia cepa española.

Subía él por la Escalerilla que desde la Plaza da acceso al Arco de la Estrella, cuando encontróse arriba con una señora vecina suya, y con gallardo talante, tomándola por la mano, le dijo:—Madama, permitidme que os acompañe,—y la bajó hasta dejarla en suelo llano, despidiéndose rendidamente de ella.

¿Quién daba un pésame con más originalidad que él?

Recordamos que hace años impresionaba á la sociedad cacereña la muerte de una dama distinguida y aún joven. Su hijo mayor fué rodeado á los pocos días, afectuosamente, en la calle, por varios amigos, cuando acertó á pasar Santibáñez, que advirtiéndolo el grupo y á medias la situación, se acercó interrogando:

—¿Sois vos, el hijo de la víctima?

—Sí, señor.

—Joven: recibid mi mal sentido pésame. Haced extensivas estas palabras á vuestro querido padre acompañándolas del testimonio de mi consideración más distinguida.—Abur, señores.

El fallecimiento de otra señora, hace pocos meses, en ocasión en que él estuvo tan grave que se corrió la noticia de su muerte, originó la siguiente esquela:

«Sr. D..... — Mi querido amigo y coafligido compañero: Postra-

do en cama hace ocho días recibo hoy la ingrata y cruel noticia de vuestra desgracia. Llorad, compañero, vuestro infortunio, y mientras Dios mitiga vuestra pena, recibid la expresión más sincera de dolor que os puede enviar un moribundo compañero.—*Tomás Santibáñez.*»

Era en estas ocasiones su palabra reflejo de su sentimiento.

¡Descanse en paz el sujeto bondadoso, dispuesto siempre á compartir con el prójimo los sinsabores de la vida!

J. SANGUINO Y MICHEL.

COMISIONES DE MONUMENTOS

DE CÁCERES

Extracto del acta de la sesión del 15 de Noviembre de 1900.

Preside el Sr. Gobernador y asisten los vocales Sres. Hurtado, Berjano, Rodríguez, Amarillas y Sanguino.

154. Cumplido el acuerdo de sesión anterior (núm. 153) habían contestado 60 Ayuntamientos, callando 59, á los que se determina imponer la multa de que fueron advertidos.

155. Regala á la Biblioteca de la Comisión, D. Juan José González, su libro sobre la *Virgen de Sopetrán y Villa de Almoharín*, siéndole agradecido, como al Correspondiente D. Vicente Paredes el donativo de una prensa para obtener improntas de monedas.

156. Dase cuenta de haberse comprado el diccionario *Términos de Arte*, de Mérida, y *Cours d' Epigraphie Latine* de René Cagnat, habiéndose encuadernado varios libros.

157. D. Rufino Sánchez, Secretario de Ibahernando, había escrito diciendo no ser posible obtener nuevos calcos de las lápidas sepulcrales, de que trató el Sr. Hübner en la REVISTA, por haber sido destinadas, á excepción de tres, para el enlosado de un zaguán con la inscripción para abajo. De otra, fragmentaria, existente en la fachada de la casa-palacio enviaba dibujo; presenta, como alguna de aquellas, dentro de un círculo una roseta de seis hojas, y se lee:

ROSQ · Γ ·····

AA · SVA / ····

Y dice de una más: que «está de peldaño para la entrada en una casa, y el mucho pisar sobre ella la tiene muy borrada.»

Se le había recomendado que remitiera calcos al Marqués de Monsalud, con otras advertencias.

158. El Alcalde de Guadalupe participó, con fecha 19 de Septiembre, haber caído un rayo en la iglesia causando algunos desperfectos. Notado el silencio de la Academia de San Fernando á varias comunicaciones (dos, referentes á este Monumento Nacional) se acuerda dirigirse al Ministro interesándole en las obras de reparación necesarias.

159. Enterado el Ayuntamiento de Brozas de la proposición del Sr. Berjano (núm. 150), recababa el honor de guardar los restos del ilustre hijo del pueblo, Frey Nicolás de Ovando, y el Párroco de Santa María, de dicha villa, ofrecía, con autorización de S. Ilma. esta iglesia, para enterramiento.

Se acuerda contestar al Alcalde que hagan la petición en forma, y al Párroco que se tendrá presente su ofrecimiento cuando la Comisión resuelva.

160. Según noticias de Alcuéscar, el *sótano* descubierto recientemente, y estudiado por esta Comisión, ha sido destruido, utilizándose sus ladrillos en una obra del pueblo.

161. Encargado el sello (núm. 149) se había recibido un *cliché* fotografado con las armas de Cáceres, que le atribuyen algunos, no conformes con las tradicionales de que fué advertido el artista. Se les encomienda á los Sres. Berjano y Amarillas que traten de averiguar quién fuera el que supuso que el escudo tenía águilas.

162. A propuesta del Sr. Berjano se acuerda pedir al Ministro alguno de los cuadros del Museo Moderno de pinturas que hayan de ser destinados á los Museos provinciales.

El Secretario,

J. SANGUINO.

CRÓNICA REGIONAL

Lector: Te endilgo esta epístola, que ni croniquilla has de llamar, la cual me propongo despachar en dos palotadas.

No estaría bien, si por ventura ó desventura fueses extremeño, y

te hallases alejado de esta tierra, que acudieses á estas páginas buscando noticias de *la amada* y defraudáramos tus anhelos, y nuestro silencio te disgustara.

Imagínate cómo estarán los lectores de *El Periódico* que venía publicándose en esta capital. Faltarnos el papel donde se repasta nuestra curiosidad es siempre inaguantable; y éste; del que digo, ha dejado de publicarse en tanto dure la «suspensión de garantías», protestando que no es carlista; pero sin duda, no las tenía todas consigo.

En la otra provincia se habló de agitación de los partidarios del Pretendiente; de rostros extraños que revelaban al agente político..... Se movieron las autoridades..... y nada. Aquí mismo se han practicado registros domiciliarios: de un pueblo de esta provincia se desterró á Badajoz á uno de los vecinos y ya ha vuelto en paz á su hogar.

Sabes que tenemos de Ministro de la Gobernación á D. Javier Ugarte. Recuerda que su padre fué Regente de esta Audiencia y que el hijo, zaragozano, tal vez le tuviste de compañero en las aulas de este Instituto, donde cursó el último año y se hizo Bachiller con excelentes notas. Era un chico que prometía.....

Pérdida muy sensible ha experimentado este Instituto al fallecer D. Enrique Montánchez, el II del actual. Catedrático de Latín y Castellano, ex Director del establecimiento y Diputado provincial; era hombre cultísimo que deja grata memoria.

No se olvidará tampoco al popular D. Tomás Santibáñez, del que en otro lugar hallarás noticia, si alguna necesitaras, de este castizo Tolstoi de por acá; ni á D. Joaquín Muñoz y Cerón, abogado, Contador de fondos provinciales y buen amigo, por el que está de pésame nuestro compañero de prensa, hasta hace unos días, D. Gregorio Crehuet, que ha dejado la dirección de *El Norte de Extremadura*.

De Badajoz nos cuentan que ha sido nombrado Director de aquel Instituto de Segunda enseñanza, el Sr. Nombela, catedrático de Retórica; que se espera la visita del Rector de la Universidad de Sevilla, para encauzar á aquella Escuela Normal, un tanto desnormalizada de algún tiempo á esta parte; que las aguas del Gévora sí que se encauzarán; que los jóvenes artesanos se han agrupado, constituyendo un orfeón, escuchado ya con aplauso; que aquel retrato de D. Alfonso XII, que pintó Mejía, del que te hablé, sigue en la carbonera de la Diputación, bien que ya la Comisión provincial ha acordado sacarlo de allí, restaurarlo y conservarlo como se merece; y, en fin, y esto es lo más sensacional en esta época de matanzas; que procedente de la Exposición de París tienen dentro de aquellos muros un magnífico cerdo de 603 kilogramos (52 arrobas próximamente), mirado, medido y pesado con codicia mal reprimida.

Diréte también que nuestro compañero Berjano, de vuelta de la Exposición, ha representado en Madrid, en el Congreso Hispano Americano, á la Junta provincial y á nuestra REVISTA, y que las impresiones allí recogidas son muy lisonjeras para la fraternidad de nuestra raza.

Esta noche he sabido que nuestro Gobernador salió esta mañana

para Hervás, donde amotinados los obreros han apedreado las casas de varios fabricantes. Mal síntoma es este de llegar á un arreglo, en una cuestión de la que me parece recordar que te dije ya algo hace unos meses.

Vuelvo á oír la voz que oía de muchacho; costumbre que se restablece:

—*Ave María Purísima, las doce y sereno.*

¿Qué cantarán al comenzar el año?: ¿Las *veinticuatro* y nublado?...
A su tiempo te sacaré de dudas, *Deo volente.*

Que Él te guarde y prospere como deseo.

Un Cacerense.

24 de Noviembre.

CRÓNICA GENERAL

Sumario:—El Congreso hispano-americano.—La primera travesía de los Alpes en automóvil.—La Cerveza condensada.—La Cooperativa de consumo de París.—Mujeres jurisperitas.

Termináronse ya las tareas del Congreso Hispano-americano, y á pesar de haberse tomado acuerdos de importancia capitalísima para los pueblos en él representados, podemos asegurar que esos acuerdos quedan en el aire, si los gobiernos respectivos no procuran con interés su cumplimiento.

La enseñanza, el comercio, la política internacional, todo se ha discutido, y en todo se ha demostrado el deseo que sienten nuestros hermanos de América, de acercarse más y más á la madre patria, en el momento en que sufre las consecuencias de los últimos golpes recibidos de la insaciable ambición de naciones jóvenes y poderosas.

Pero el nombre de Extremadura, cuyos hijos conquistaron y poblaron las Repúblicas hermanas, no ha sonado, tal vez, por lo poco nutrido de su representación en el Congreso.

De la provincia de Cáceres sólo ha ido un delegado; no sabemos cuántos hayan ido de la de Badajoz.

Realmente en nuestra provincia no ha habido una Corporación que haya podido apreciar la importancia social del Congreso hispano-americano.

Únicamente nuestra REVISTA ha estado allí representada.

*
**

El teniente Engler acaba de efectuar con su automóvil un viaje por los Alpes, de lo más interesante.

Su máquina era sólo de cinco caballos de fuerza y pesaba 1.400 kilogramos, sin contar el peso de los tres viajeros y 80 kilos de equipaje.

Siguió el itinerario siguiente: Francfort, Ulm, Munich, ha franqueado el Kanvendel (1.176 m.), el Brenner (1.362 m.) y después ha llegado hasta Venecia. A la vuelta ha atravesado una región aún más accidentada que á la ida. El recorrido total de 2.000 kilómetros lo ha recorrido en 99 horas, ó sea con una velocidad media de unos 20 kilómetros por hora.

Es la primera vez que un automóvil atraviesa las abruptas pendientes de los Alpes.

*
**

En el Transvaal se acaba de hacer un experimento con el éxito más lisonjero.

Sabido es lo aficionados que son los ingleses á la cerveza. Pues bien, dada la casi imposibilidad de la fabricación de ese líquido en los países tropicales, se reparte entre los soldados cerveza condensada, que desde Inglaterra se remite muy bien acondicionada, de tal forma, que disuelta en agua, es difícil distinguirla de la recién sacada de las mejores cubas. Este nuevo producto figurará de ahora en adelante entre los del aprovisionamiento del ejército inglés.

*
**

Entre los datos curiosos que de la Exposición de París más llaman la atención, figuran los referentes á la Cooperativa de consumo fundada en París en 1887, por los empleados del Estado en aquella gran ciudad.

La Sociedad se constituyó con un capital de 400.000 francos, formado con acciones de 50 francos, y tan enorme ha sido el desarrollo de sus negocios, que ascendiendo sólo en 1887 (segundo semestre) á 368.320 francos, en 1899 han llegado sus ventas totales á la respetable suma de 7.978.711,10 francos.

Esto da una idea de la importancia de estas sociedades, que bajo el punto de vista social, podemos decir son el contrapeso de las célebres sociedades monopolizadoras de industriales de que en otras ocasiones nos hemos ocupado.

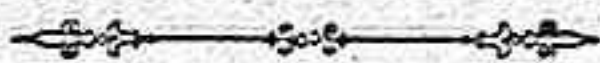
*
**

Amparándose bajo una ley votada por el Senado francés por la que se permite oficialmente ejercer la abogacía á las mujeres, se acaba ya de inscribir una en el Colegio de Abogados de la capital de la misma República.

Los principales juristas franceses han dado su opinión sobre esta ley, y son dignas de anotar las de Mr. Cabarry y la de Mr. Clunet.

El primero dice que es hostil á la ley, porque el sitio de la mujer no está en la Audiencia, sino en el hogar; y el segundo dice: «Creo que la nueva ley es un crimen de lesa majestad femenina; pero por otra parte, me alegro del placer que se me va á proporcionar de tener compañeras tan bonitas como amables.»

Château.



NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Apuntamiento para el estudio del clima de Barcelona.—*Memoria leída por el Académico numerario Dr. D. Eduardo Lozano y Ponce de León en la Junta general ordinaria celebrada el día 6 de Mayo de 1899.*—*Extracto del Boletín y Memorias de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona.*—Barcelona, A. López Robert, impresor, 1899.—4.º mayor-II págs.-32 de cuadros y una lámina.

Prácticas de Física.—3.ª edic. con 36 grabados.—Barcelona, Hijos de J. Jepsus, impresores-1900.—8.º-152 págs.

Física. (Manuales-Soler III).—Barcelona, Manuel Soler, editor.—(s. a.)-16.º-157 págs.

El ilustre catedrático de Física superior de la Universidad de Barcelona, D. Eduardo Lozano, no es de los extremeños á quienes pueda tildarse de perezosos.

Las obras que dejamos reseñadas vienen á aumentar la no escasa lista de las que ha publicado, y cuando fresca está la tinta de alguna de aquéllas, imprime en estos días un libro más: un *Tratado de Termodinámica*, según nos informan.

La *Memoria*, leída en la Academia de Barcelona, contiene numerosos datos meteorológicos recogidos en la ciudad durante el decenio de 1887-96. De la comparación de temperaturas con las que el Sr. Yáñez anotó desde 1780 á 1834 resulta que en este período la media anual fué de 17°,3 y ahora se halla la de 15°,1 diferencia bastante marcada que el Dr. Lozano se propone discutir más adelante; pues promete otras Memorias en que tratará de las distintas afecciones meteorológicas allí observadas. En la á que nos referimos estudia principalmente las curvas de temperatura media, y promedio de máximas y mínima á la sombra.

Como en aquella provincia hay una red meteorológica en relaciones con la Granja experimental, espera nuestro distinguido colaborador, que sean fructuosas las minuciosas observaciones que se recojen, merced á la desinteresada cooperación de varios individuos que esparcidos por la provincia trabajan en una obra mirada con desdén por muchos. No se le prestan grandes auxilios al observatorio de la Universidad, cuando al personal se le recompensa con 750 pesetas, y nada

se destina para material, y esto nos da la medida, por lo que ocurre en la culta Barcelona, de cómo anda la meteorología en España.

El tratado de *Prácticas de Física* es seguramente un libro utilísimo para sus alumnos y muy conveniente para todo el que haya de discutir sobre los problemas de esta ciencia ó tenga que manejar aparatos ó improvisarlos si no dispone de ellos. Trata en las distintas secciones de Mecánica, Acústica, Calor, etc., de la manera de montar y desmontar aparatos; su simplificación; manejo de instrumentos; medidas; ampliación de experimentos y prácticas fuera de cátedra. Da á conocer las manipulaciones de Física ejecutadas en los principales laboratorios de Europa, según los datos recogidos por el Sr. Boris Weinberg, profesor en la Universidad de Odessa; dedica un capítulo á *Cuestiones físicas*, dando materia para ejercitar el ingenio, y termina el libro con ciento veintiseis problemas matemáticos elegidos con tino de las distintas ramas de esta Ciencia.

Como estímulo para los alumnos insértanse los resultados obtenidos en algunas operaciones por los discípulos de años anteriores, como es la fotografía obtenida por ellos mismos de los *nodales* en placas sonoras; y esto que decimos muestra la seriedad con que este profesor da su enseñanza.

Escrupuloso, por otra parte, y correcto en el lenguaje no es de los que aceptan *bovinas* (no hablando de vacas) ni otros galicismos inútiles. Presenta sus reparos á la nomenclatura dada por la Academia á las unidades del sistema C. G. S., y haya estado ó no acertada ésta, parécenos preferible seguirla y no transigir con el uso, escribiendo *wats, ergs, ohms*, para que no haya que leerlas, pues las rechaza la vista y el oído; y arrojarlas fuera es fácil cuando se ocupa un puesto como el que tiene el Sr. Lozano y se escriben libros que difunden el lenguaje de la ciencia por toda la nación, ó por todas las naciones en que se habla castellano. *Conductibilidad*, es otra de las palabras que quisiéramos ver olvidadas, por las potísimas razones que adujo el señor Cortazar en su Discurso de ingreso en la Academia. Todos la hemos repetido, pero la Academia ha hecho bien en no seguir al *coro*, un tanto desafinado.

Réstanos decir que el manual de *Física*, que contiene los rudimentos de esta ciencia, útiles para obreros ó para niños, fué ideado al exponer á las tiernas inteligencias de estos, en conferencias que el incansable Sr. Lozano comenzó á darles en las escuelas, los fenómenos de la Naturaleza á que prestaban la mayor atención; viendo cuán provechosa sería esta enseñanza en la instrucción primaria. Las conferencias se interrumpieron por fallecimiento del que había dado su beneplácito, el Inspector D. Manuel Alvarez, y lo que pudo ser objeto de ellas aparece hoy en este librito que forma parte de una biblioteca hecha con el fin de que sea útil al pueblo.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Sr. D. J. V.=Plasenzuela.=Pagada suscripción 1900.

Sr. D. J. T.=Jerez de los Caballeros.=Idem id.

Sr. D. T. P.=Salamanca.=Idem 1899 y 1900.

Sr. D. R. S.=San Martín de Trevejo.=Idem 1901.

En la Administración de esta REVISTA se compran ejemplares de los números I y II, correspondientes á Enero y Marzo de 1899, y también del número VII, que es el de Enero de 1900.

EL PROGRESO AGRÍCOLA

CASA EDITORIAL DE RIVAS MORENO

HILERAS, 8, PRINCIPAL, MADRID

Libros últimamente publicadas:

EL CULTIVO DEL TABACO EN ESPAÑA, por D. J. M. Priego, ingeniero agrónomo. Precio, 2 pesetas.

LA REMOLACHA AZUCARERA, su cultivo y explotación en España, por el doctor Llorente, catedrático de Agricultura. Precio, 3,50 pesetas.

LA PATATA, su cultivo y explotación en España, por D. Victoriano Odriozola, Director de la Granja experimental de Alava. Precio, 1 peseta.

CULTIVO DEL AZAFRÁN EN ESPAÑA, por D. E. Morales Arjona, ingeniero agrónomo. Precio, 1 peseta.

EL ACEITE DE OLIVA, por el doctor Bizzarri, traducida del italiano y extensamente comentada por D. Diego Pequeño, catedrático del Instituto Agrícola de Alfonso XII. Precio, 3 pesetas.

PLAGAS DEL CAMPO: la langosta.—Consejos prácticos para combatirla, por Rivas Moreno. Precio, 1 peseta.

LA PLAGA DE LANGOSTA EN EUROPA, AFRICA Y AMÉRICA.—Cinco tomos, 17 pesetas.

LOS ABONOS, por el doctor Llorente, catedrático de Agricultura. Obra declarada de mérito á propuesta del Consejo de Instrucción Pública, y premiada con medalla de oro de primera clase en la Feria-

concurso Agrícola de Barcelona. Precio, 6 pesetas y 6,50 certificada.

EL GANADO LANAR, por Moyano. Precio, 3 pesetas.

EL HORTELANO MODERNO, por A. Fernández, ingeniero agrónomo. Precio, 3 pesetas.

EL CRÉDITO AGRÍCOLA Y EL AHORRO, por Rivas Moreno. Precio, 2 pesetas.

LA REFORMA DE LAS LEYES PROVINCIAL Y MUNICIPAL, por Rivas Moreno. Precio, 1 peseta.

EL GANADO VACUNO, por Pizarro, catedrático de Veterinaria de León. Precio, 4 pesetas.

CARTILLA AGRÍCOLA. Precio, 50 céntimos.

GANADERÍA, por Columela, y prólogo de D. Miguel López Martínez. Precio, 2 pesetas.

Biblioteca clásica del avicultor: *Las aves de corral*, por Columela. Precio, 1,50 pesetas.

Biblioteca clásica del arboricultor.—Volumen I: *El cultivo de los árboles frutales*, por Abu Zacarías, prólogo de D. Z. Espejo. Precio, 2 pesetas.

ADVERTENCIA Todos los pedidos de libros deben dirigirse á los libreros de Madrid Sres. Fe y Suárez, pues la Administración de *El Progreso Agrícola* es extraña á los asuntos de la casa editorial.

A los vinicultores.

Ya se vende en todas las librerías de España la célebre obra sobre elaboración de vinos tintos y blancos, escrita por el que está reputado por el primer enólogo del mundo Octavio Ottavi. Consta de 700 páginas en cuarto y más de 100 grabados.

Se vende en la imprenta de esta "Revista," al precio de 8 pesetas.

LA UNIÓN Y EL FENIX ESPAÑOL

Compañía de Seguros Reunidos.



Domiciliada en Madrid, calle de Olózaga, núm 1

Capital social efectivo. Rvón. 48.000.000

Superior al de todas las demás Compañías que operan en España.

Primas y reservas.	Rvón. 177.433.128
Siniestros pagados desde su fundación.	Rvón. 315.504.259.80
Siniestros pagados en 1898.	Rvón. 8.853.015.72

(Más que reunidas todas las demás Compañías que operan en España.)

35 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS

Esta gran Compañía NACIONAL contrata seguros contra los riesgos de incendios.—El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros, desde el año 1864, de su fundación, la suma de reales 315.504.259,80.

SEGUROS SOBRE LA VIDA

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, y especialmente las Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas MÁS REDUCIDAS que cualquiera otra compañía.

La prima fijada al hacer el seguro es inalterable. Esta Compañía no hace ofrecimientos pomposos, lo cual es tan fácil de hacer como difícil de cumplir. A su seriedad y exacto cumplimiento en los siniestros se debe la importancia que goza y la preferencia de que es objeto.

Las cosechas se aseguran en pié, en gavillas, en la era y el grano en los graneros por el transcurso de un año á la reducida prima de **SEIS** reales por cada mil.

Subdirector en Extremadura,

D. CLAUDIO GONZALEZ ALVAREZ,

Agente del Banco Hipotecario de España en esta Provincia.

Oficinas: Plaza Mayor, 16.—CÁCERES.